

Zambrano en Chile: artículos argentinos olvidados (Rescate y edición)

Francisco Martín Cabrero¹

Resumen. Rescate y edición de cuatro artículos olvidados de María Zambrano publicados en el diario *Crítica* de Buenos Aires en marzo de 1937. Los artículos se corresponden con los capítulos de la segunda parte de *Los intelectuales en el drama de España*, el libro que Zambrano escribió y publicó en Chile en la editorial Panorama en 1937. En este trabajo se da cuenta del estado de la cuestión relativo al periodo chileno de Zambrano, se procede al estudio de los artículos encontrados, sobre todo en lo que tiene que ver con su correspondencia con los capítulos de la segunda parte del libro chileno y se dan las coordenadas de su circunstancia editorial.

Palabras clave: María Zambrano; Guerra civil española; Chile; Los intelectuales en el drama de España

[en] Zambrano in Chile: forgotten Argentine articles (Rescue and edition)

Abstract. This is the rescue and editing of four forgotten articles from Maria Zambrano published in the newspaper *Crítica* from Buenos Aires in March of 1937. The articles correlate with chapters from the second part of *Los intelectuales en el drama de España*. The book that Zambrano wrote and published in Chile with the editorial Panorama in 1937. In this work we refer to the Chilean period of Zambrano. We study the found articles, especially as they relate to the chapters from the second part of the Chilean book, and we show the context in which the articles were edited.

Keywords: Maria Zambrano; Spanish Civil War; Chile; Los intelectuales en el drama de España

Sumario. 1. Descripción y correspondencias. 2. Circunstancia editorial de los artículos argentinos. 3. Nota a la edición. 4. Bibliografía. 5. Apéndice.

Cómo citar: Martín Cabrero, F. (2022). Zambrano en Chile: artículos argentinos olvidados (Rescate y edición). *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 39 (3), 737-758.

Si alguno de los editores de *Los intelectuales en el drama de España* se hubiera tomado la molestia – filológicamente inderogable y moralmente necesaria– de ir a ver con sus propios ojos, o tal vez tocar con mano, la primera edición del libro que iban a editar (Santiago de Chile, Panorama, 1937), hubiesen podido darse cuenta, o tal vez advertir o reparar, percatarse y apreciar que en la página 26, justo al inicio de la segunda parte, la autora antepuso una nota en evidente resalto que rezaba lo siguiente: “Artículos publicados en *Crítica* de Buenos Aires en Marzo de 1937, recogidos en el presente volumen con algunas modificaciones”. El resalto de la nota es además doble, pues a la negrita de sus caracteres añade la colocación en alto en la página, entre el título general de la segunda parte y el título del primero de los artículos que la integran y componen. ¡Como para no verse! Como para no verse si se hubiera visto el libro. Lo cual, claro está, deja muy mal parados a los editores en cuestión, pues pone de manifiesto que hicieron lo que nunca debe hacerse y procedieron a editar el libro (respectivamente en 1998 y 2015) saltándose a la torera

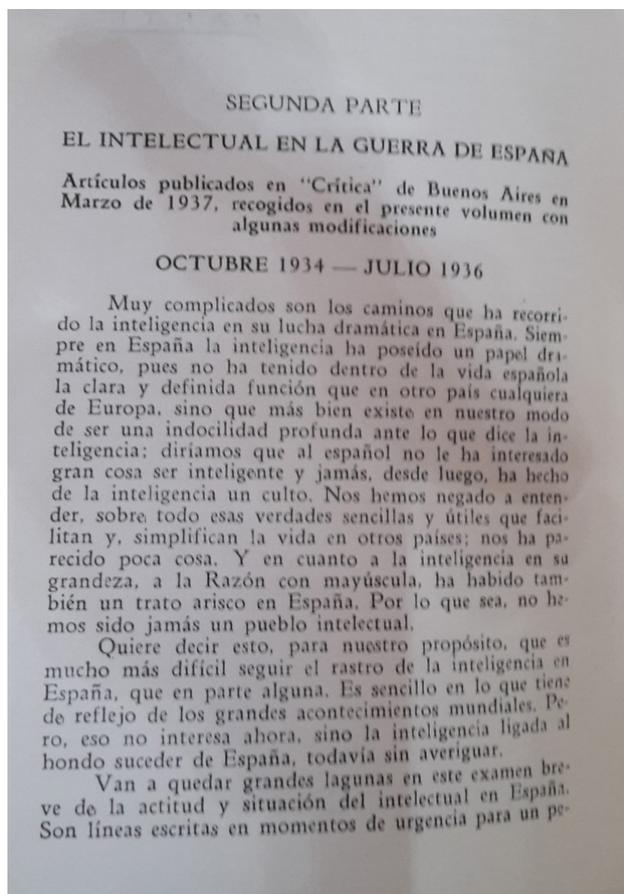
–pero sin gracia y sin ningún estilo– las reglas de juego de un ejercicio editorial que, en el caso de Zambrano, ve necesariamente envueltas y mutuamente implicadas a la filología y a la filosofía.

La nota en cuestión desapareció sin dejar rastro en el libro a partir de su segunda edición (Madrid, Hispamerica, 1977). Y hasta ahora. Lo cual pone a las claras que nadie se tomó en serio la susodicha molestia. De habérsela tomado, de haberse sentido la necesidad intelectual de ver y tocar con mano la primera edición del “libro chileno” de Zambrano, también la primera y no sólo las que se tienen a mano o más a mano, de seguro que ambos editores se habrían evitado algunas consideraciones que a la postre hoy ponen seriamente en entredicho sus trabajos. Ambos trabajos. Por ejemplo, cuando el segundo de ellos dice en nota que cabe pensar que parte del libro “fuera publicado previamente en algún periódico, cosa que hasta el momento no hemos podido corroborar” (en Zambrano, 2015: 883 n. 41). ¿Qué cabe pensar frente a eso que se dice que no se ha podido corroborar si la propia Zambrano da la referencia, precisa aunque no

¹ Dipartimento di Filosofia – Università di Torino
francisco.martin@unito.it
0000-0001-5367-4891

exacta, de dónde se publicaron esos artículos con anterioridad a la publicación del libro? Todo hace pensar que el segundo editor del libro nunca vio la primera edición, pues de haberlo hecho hubiera visto lo que claro como el agua Zambrano dice al respecto. Y hubiera podido,

de querer hacerlo, localizar esos artículos y cotejarlos con lo que apareció después publicado en el libro, puesto que es la misma Zambrano quien dice que los recoge “con algunas modificaciones” (y su deber como editor del libro hubiera sido señalarlas).



Página 26 de la primera edición de *Los intelectuales en el drama de España*

O cuando, por seguir con el ejemplo, el primero de los dos editores aludidos dice que “de haberse publicado antes, en paralelo, o incluso después de esta edición originaria de *Los intelectuales [en el drama de España]*, desde luego no lo fue en el diario argentino *La Nación*, como vemos que afirma Zambrano en su artículo de 1987, «Un liberal»” (en Zambrano, 1998: 31). Es verdad, en su caso, que es Zambrano quien se confunde en 1987 y dice *La Nación* en vez de decir *Crítica* (Zambrano, 1998: 126), que es donde los artículos en efecto fueron publicados, por lo demás como ella misma había dicho antes en la nota citada de la edición de 1937. Pero esto, con ser cierto, en modo alguno rebaja la responsabilidad del editor en cuestión ni lo libera de su falta, pues la equivocación de Zambrano es fácilmente imputable a un recuerdo borroso o a un defecto de memoria, comprensible por los 50 años transcurridos entre una fecha y otra, a lo que además cabe añadir las enormes dificultades de una vida conducida en gran parte en errancia y en exilio. Más bien, precisamente por eso, por esa vida llena de dificultades propia de la errancia de su exilio, el editor hubiera debido aprontar una adecuada filología (Martín, 2015) capaz de correr al reparo de las inexactitudes de los recuerdos de Zambrano (y es que editar

requiere a veces tomar distancia del autor para mejor poder ponerse al servicio del texto, requisito imprescindible de toda edición digna de su nombre). Todo ello hubiera podido solventarse, también en su caso, si como editor hubiera tenido fe al deber de no proceder sin antes ver todas y cada una de las ediciones del libro chileno de Zambrano, sobre todo sin olvidarse de la primera, la cual, precisamente por serlo, por su carácter primigenio y fundante, ofrece una luz que no siempre recogen las ediciones sucesivas: la luz que alumbra en el nacimiento del libro.

El atributo de la confianza es del lector, no del editor. Editar consiste en construir precisamente esa confianza lectora, en dar solidez a la necesaria confianza del lector para con el texto en el ejercicio de la lectura. Faltar a ello es signo de impostura. En lo que hace a nuestro caso, de los editores, claro está; pero, ya más allá de él, del caso en cuestión, o de ellos, los editores del caso, también pone en evidencia un más general déficit filológico de la filosofía española (Martín, 2004 y 2011). Un déficit que no atañe sólo al plano editorial, sino que repercute, como no podía ser menos, en el plano de los estudios. En efecto, sorprende también que quienes de un modo u otro se han ocupado del libro chileno de Zambrano o

de aspectos que tienen que ver con su estancia en Chile, aun habiendo visto la primera edición del libro, como en algún caso parece, no hayan sentido la necesidad teórica de dar cuenta de lo que la nota de Zambrano arrastraba como punta de un iceberg. A no ser que tampoco se viera y al lector quisiera hacerse ver como que se vio. El engaño es menor, sin duda, pero en ello no deja de haber similar impostura.

1. Descripción y correspondencias

La nota de Zambrano resultó ser correcta. No había razón para pensar lo contrario, o para desatenderla, y en todo caso de lo que se trataba era de corroborarla –cosa que hasta ahora no se había hecho. En la nota en cuestión no aparecen los días de publicación de los artículos, pero la indicación del diario (*Crítica* de Buenos Aires) y del mes y año (marzo de 1937) hacía fácil su localización.

Damos a continuación la relación de los artículos a los que hace referencia la ya citada nota de Zambrano:

- “Los Intelectuales en la Lucha de España. Artículo I”, *Crítica*, 5 de marzo de 1937;
- “Los Intelectuales en la Guerra Española. Capítulo II”, *Crítica*, 6 de marzo de 1937;
- “Carta al Dr. Marañón”, *Crítica*, 20 de marzo de 1937;
- “La Hora de España”, *Crítica*, 21 de marzo de 1937.

Los cuatro artículos iban acompañados de un retrato a lápiz de la autora, en cierto modo semejante al más conocido de Gregorio Toledo, tal vez más elegante, de mujer joven pero madura (peinada a la moda, frente amplia, mirada penetrante, labios sensuales y nariz excesiva), sin que en ninguno de ellos aparezca el nombre del retratista o dibujante, por lo que cabe pensar que fuera obra de la redacción del periódico (tal vez a partir de alguna fotografía reciente enviada desde Santiago de Chile). El retrato se publica en haz y en envés: tres veces mirando hacia la izquierda (5, 6 y 20 de marzo) y una a la derecha (21 de marzo), en general centrado en la parte de arriba en la segunda columna del artículo (salvo en el del 21 de marzo que aparece en la primera columna en tamaño menor). El tercer artículo, además, junto al retrato y antes de empezar el texto, antepone un perfil de la autora a modo de presentación de cara al público argentino; el último también antepone una breve nota de presentación que sirve sobre todo como reclamación de su enlace y continuidad con los artículos anteriores (*vid. infra* en Apéndice).

Todos los artículos llevan resaltado junto al título el nombre de María Zambrano y en dos de ellos (el primero y el último) aparece también como firma al final del mismo. En los dos primeros, debajo del título y del nombre de la autora, aparece entre paréntesis “Especial para *Crítica*”, y en el último, también entre paréntesis, “Exclusivo para *Crítica*”.

Llama la atención la diferencia entre el primero y el segundo de los títulos de los artículos: siendo lo mismo,

la misma referencia, en un caso se nombra como “Lucha de España” y en otro como “Guerra Española”. No podemos estar ciertos de que sea obra de Zambrano, pues las colaboraciones en la prensa, entonces como ahora, suelen estar sujetas a criterios de redacción (eficacia para llamar la atención del lector, etc.) que quedan en manos de la publicación y no siempre respetan los títulos de los autores. Sea como fuere, lo cierto es que tal diferencia en el nombre de lo que sucedía en España pone en evidencia la complejidad del momento, sobre todo la dificultad de nombrar el evento bélico, lejos aún de haber alcanzado el consenso que después el tiempo y la historia consolidaron como Guerra civil española. Hay que decir que en los títulos que aparecen en la segunda parte de *Los intelectuales en el drama de España* Zambrano alterna los sintagmas de “Guerra de España” y “Guerra Española” (el primero aparece en el título general de la segunda parte y el segundo en el título del segundo capítulo); el sustantivo “lucha”, en cambio, aparece varias veces en el cuerpo de los capítulos, nunca como título, y en cualquier caso siempre desprovisto de calificativos especificativos del tipo de ‘de España’ o ‘española’ (sí aparece, en cambio, en el título de otro artículo anterior, “La mujer en la lucha española”, publicado en diciembre de 1936 en el diario chileno *La Mujer Nueva*). En cuanto al nombre de “guerra civil”, Zambrano lo emplea sólo en dos ocasiones en el libro chileno, una en la primera parte (Zambrano, 1937: 11; Zambrano, 2015: 145) y otra en la segunda (Zambrano, 1937: 30; Zambrano, 2015: 162), pero hay que advertir que este segundo empleo está dentro de una cita de Machado que no aparece en los artículos publicados en el diario *Crítica* (se trata sin duda de una de esas modificaciones a las que alude Zambrano en la nota antes citada).

Hay que decir, además, que el primero de los artículos publicados en *Crítica* lleva la indicación de “Artículo I”, mientras que el segundo la cambia en “Capítulo II”. Es probable que tampoco esto sea factura de Zambrano, sino un despiste o desatención más fácilmente imputable al equipo de redacción del periódico. En cualquier caso, ello pone en evidencia que se trata no de artículos separados e independientes unos de otros, sino de una serie de artículos escritos para ser publicados de manera autónoma dentro de una unidad de significación y sentido superiores. Los artículos constituyen, pues, una serie, aunque de momento no sea fácil establecer si la serie era de tres o de cuatro artículos (tres más un añadido circunstancial o directamente cuatro).

Atendiendo a las fechas de publicación se nota que los dos primeros aparecieron en días consecutivos, el viernes 5 y el sábado 6 de marzo, mientras que los otros dos lo hicieron también en días consecutivos, sábado 20 y domingo 21 (domingo de Ramos e inicio del otoño en el hemisferio sur), pero con un intervalo de dos semanas entre medias. Atendiendo al hilo conductor de la serie de los artículos, a su desarrollo temático y argumentativo, así como a la disposición de los mismos en su sucesivo trasvase a *Los intelectuales en el drama de España*, es razonable conjeturar que el orden de publicación del periódico no se corresponde con el orden de escritura: el tercero en ser publicado es el último en ser escrito,

es decir, la “Carta al Dr. Marañón” va al final, tal como aparece en la primera edición de libro, pues en efecto se trata o de un cierre de la serie o incluso de un artículo escrito fuera de la serie pero que sale de ella como natural desarrollo y concreción. Es decir, que en un caso (primera hipótesis), la serie estaría compuesta por cuatro artículos cuyo orden de escritura (y de lectura) sería el siguiente (por fecha de publicación en el diario): 5 de marzo, 6 de marzo, 21 de marzo y 20 de marzo; en otro (segunda hipótesis), la serie estaría compuesta de tres artículos (5, 6 y 21 de marzo) y a ella se añadiría, como coronación de un desarrollo y argumentación generales relativos al papel del intelectual en la Guerra de España (tal es el título de la segunda parte de *Los intelectuales en el drama de España*), un complemento específico “contra” Gregorio Marañón en ocasión de su viaje de esos meses por algunos países sudamericanos (López Vega, 2011: 270 y sigs.).

Es obvio que se trata de una escritura de urgencias perfectamente engarzada y sujeta al acontecer de la Guerra de España, pero entre la “Carta al Dr. Marañón” y los otros tres artículos hay un salto que no permite establecer sin más una natural continuidad en el hilo de la escritura. Cabe pensar que Zambrano enviara inicialmente al diario los tres artículos que mayor unidad presentan entre ellos (5, 6 y 21 de marzo); que el diario publicara inmediatamente los dos primeros y quedara el tercero descolgado; que sucesivamente Zambrano, ante la inminencia del viaje de Marañón (el 21 de marzo, procedente de Montevideo, hará escala en Buenos Aires para dirigirse a Chile, que es donde está Zambrano y donde Marañón dictará tres conferencias muy seguidas por la prensa), escribiera un nuevo artículo en forma de carta, que lo enviara al diario y que éste lo publicara inmediatamente como voz crítica contra el viaje sudamericano del ilustre médico e intelectual español (un modo de contrastar el eco mediático que aquel viaje estaba teniendo como apoyo al bando nacional en la Guerra de España). Es más, es muy posible que la publicación de la Carta arrastrara la publicación al día siguiente del artículo que, con razón o sin ella, había quedado descolgado de los dos primeros y de los que es indudable continuidad.

Sea como fuere, lo que parece seguro es que el orden de los artículos publicados en *Crítica* no se corresponde con el orden efectivo del desarrollo lógico-argumentativo de su escritura. Cabe decir que Zambrano, después, a la hora de componer la estructura de *Los intelectuales en el drama de España*, restituye el orden de su escritura y desarrollo interno, sin que importe demasiado saber si inicialmente, en su idea original, la serie que luego escribe estaba pensada como compuesta de tres o cuatro artículos: tres más uno que se añade, acaso como coronación de la serie, o cuatro organizados desde el principio que veía la “Carta al Dr. Marañón” como cierre de la serie. Desde un punto de vista pragmático, pues, y con independencia de cómo fue en su origen escritural la serie de los artículos, lo importante es reconocer el gesto de Zambrano que los recoge a todos para conformar la segunda parte del libro chileno: ese gesto dice de la unidad del conjunto y de la colocación de la Carta

dentro del corpus zambrano. Puede que no estuviera prevista en el origen de la serie, pero Zambrano la incluye en la unidad de significación y sentido que configura la serie en el trasvase textual del diario al libro (la exclusión de la “Carta al Dr. Marañón” de la edición de *Senderos* no debe tomarse como una corrección a la decisión tomada en 1937, en la hora de la primera edición de *Los intelectuales en el drama de España*, pues, como la propia Zambrano dice en el prólogo del 6 de septiembre de 1985, “no se trata en verdad del mismo libro” (Zambrano, 1986: 7)).

Al gesto aquel, de Zambrano, añádase el detalle de la primera frase de la nota que el diario antepone al último de los artículos (21 de marzo): “Publicamos hoy otro artículo de María Zambrano, siguiendo lo ya publicado por la misma colaboradora sobre la actual situación española”. Ese “siguiendo lo ya publicado” no puede referirse sólo, tal vez ni siquiera, a la “Carta al Dr. Marañón”, a la sazón publicada justo el día de antes (20 de marzo), sino más bien a los dos artículos anteriores que habían quedado separados en el tiempo por un intervalo de dos semanas (5 y 6 de marzo). Es decir, que la nota del último de los artículos reclama un vínculo de continuidad con los dos primeros, al menos con los dos primeros, que son los que están más alejados en el tiempo, y acaso también con la Carta. O no, pues bien podría deducirse de esta nota que la serie, en propiedad, estaba compuesta por tres artículos (5, 6 y 21 marzo) y que la Carta es, nace o se presenta, como un desarrollo circunstancial sucesivo a la idea primigenia de la serie y acaso movido por la ocasión del viaje sudamericano de Marañón.

En cualquier caso, como queda dicho, más allá del despliegue originario de la serie y de si inicialmente tenía dentro o no el artículo sobre Marañón, lo que importa es la configuración final que todo ello, en tanto que unidad de significación y sentido, adquiere en el trasvase que hace Zambrano de los artículos del diario *Crítica* a la segunda parte de *Los intelectuales en el drama de España*. El gesto de recoger los artículos y darles un orden distinto al de su aparición en el diario, un orden que sin duda Zambrano consideraba más propio, es lo que permite afirmar que la “Carta al Dr. Marañón” no es un artículo aparte, sino parte de una sucesión textual más amplia, que tal vez no la comprendía al inicio pero que en su desarrollo de escritura pegada a las circunstancias encontró en la sucesión de los artículos en serie su lugar más natural.

En cuanto a la correspondencia entre la serie de los artículos de *Crítica* y la segunda parte de *Los intelectuales en el drama de España* cabe decir aquí lo siguiente: que los artículos se publicaron en el mes de marzo de 1937, tal y como especificado al principio de este apartado, mientras que el libro no vería la luz hasta el mes de junio de ese año; que Zambrano sale de Chile de regreso a España el 11 de mayo de 1937 (Soto García, 2005: 67), un viaje bastante accidentado que se concluye el 19 de junio (Bundgard 2009: 181) y del que la misma Zambrano dejó constancia en su artículo “Españoles fuera de España”, por lo que resulta razonable pensar que el libro chileno había quedado compuesto y listo para la

imprensa antes de salir de Chile; que las “modificaciones” aportadas a las que alude la nota de Zambrano antes comentada hubieron de llevarse a cabo entre la publicación de los artículos (finales de marzo) y el inicio del viaje de regreso a España (principios de mayo).

Aclaremos la estructura de la segunda parte de *Los intelectuales en el drama de España*, al menos en lo que hace a su primera edición, que es la que aquí nos interesa en cuanto a la determinación del trasvase textual del periódico al libro. La segunda parte lleva por título “El intelectual en la Guerra de España” y consta de cuatro capítulos, cuyos títulos en sucesión son los siguientes: “Octubre 1934 – Julio 1936” (pp. 26-31), “Los intelectuales en la guerra española. II. La inteligencia militante. *El Mono Azul*” (pp. 33-37), “Hora de España” (pp. 37-42) y “Carta al Doctor Marañón” (pp. 42-51). Hay que decir que el volumen de la primera edición carece de índice, y que, como se aprecia en los títulos reproducidos, faltó una revisión de última hora capaz de unificar con mejor criterio un cierto desorden que procedía sin duda de la publicación por separado de los artículos en el diario y de las urgencias y precipitación del momento de composición del libro. Es obvio que Zambrano no pudo hacer esa última revisión porque ya había salido de Chile y estaba en viaje de regreso a España. La edición de 1998 da a esta segunda parte un orden distinto del de la primera edición (Zambrano, 1998: 7), un orden razonable, sin duda, aunque tal vez no sea el que más se aproxima al espíritu de lo que Zambrano dio a imprenta en 1937. La edición de 2015 parece seguir el orden de la de 1998, pero introduce una numeración en el segundo capítulo de la segunda parte que puede inducir a confusión en la lectura (Zambrano, 2015: 163). Aquí nos

atendremos a la estructura de la primera edición, tal y como allí quedó plasmada, con independencia de que de haber podido revisar galeradas Zambrano acaso hubiera procedido a efectuar una mejor titulación de los capítulos (por ejemplo: ¿el tercero sería “Hora de España” u “*Hora de España*”, es decir, se correspondería con el título de la revista o haría alusión al simbolismo que recoge el título de la revista? Porque a decir verdad el contenido del artículo/capítulo da de sí para que pueda ser uno u otro).

El primer nivel de correspondencia es el que hace explícito la propia Zambrano en la nota antes citada entre el conjunto de los artículos publicados en el diario *Crítica* y la segunda parte de la primera edición de *Los intelectuales en el drama de España*. Vista la falta de atención que ha tenido la nota tal vez valga la pena reproducirla de nuevo: “Artículos publicados en *Crítica* de Buenos Aires en Marzo de 1937, recogidos en el presente volumen con algunas modificaciones” (Zambrano, 1937: 26). Nótese, pues, que hay correspondencia entre la serie publicada en la prensa y la segunda parte del libro, y que tal correspondencia es Zambrano quien la señala y hace explícita. En efecto, la nota citada dice que lo que sigue en el libro a partir de su señalación, es decir, la segunda parte del libro, procede de unos artículos previamente publicados en la prensa en los que se han llevado a cabo algunas modificaciones no mejor especificadas.

A continuación, en base al cotejo efectuado entre la serie de prensa y la segunda parte del libro, damos las correspondencias entre los distintos artículos publicados en el diario y los capítulos de la segunda parte del libro, sin entrar de momento en las “modificaciones” a las que se refiere Zambrano en la nota citada:

Artículos publicados en el diario <i>Crítica</i> de Buenos Aires	Capítulos de la segunda parte de <i>Los intelectuales en el drama de España</i> (1937)
Los Intelectuales en la Lucha de España (5 de marzo de 1937)	Octubre 1934 – Julio 1936
Los Intelectuales en la Guerra Española (6 de marzo)	Los intelectuales en la guerra española. II. La inteligencia militante. <i>El Mono Azul</i>
La Hora de España (21 de marzo)	Hora de España
Carta al Dr. Marañón (20 de marzo)	Carta al Doctor Marañón
1a 2a 3a 4a (respectivamente)	1c 2c 3c 4c (respectivamente)

La tercera correspondencia merece un aparte especial, pues entre la publicación del artículo y la aparición del libro hay que señalar la publicación parcial del mismo artículo en el diario chileno *Frente Popular* el 31 de marzo de 1937 (diez días después de su publicación en el diario argentino *Crítica*). La publicación es parcial, es decir, que lo que se reproduce en Chile no es el artículo completo, sino los cinco primeros párrafos con alguna variante carente de importancia. Es decir, que en este caso no hay un trasvase directo del artículo de prensa al libro (3a-3c), sino un doble paso que del artículo original (3a) lleva al capítulo de libro (3c) a través de una segunda versión del mismo artículo (3b), versión que consiste en una reducción del mismo a su primera mitad aproximada (después se verá que en la otra mitad Zam-

brano procederá en buena parte a su reescritura). Es, pues, necesario considerar esta tercera correspondencia del siguiente modo: 3a-3b-3c.

Lo curioso del caso es que los artículos de Zambrano publicados en el diario *Frente Popular* ya habían sido rastreados y oportunamente editados (Soto García, 2005: 165-196), sin que en la ocasión nadie se apercibiera que el artículo “La Hora de España” allí publicado tenía correspondencia con la primera mitad aproximadamente del tercer capítulo de la segunda parte de *Los intelectuales en el drama de España*. Un descuido editorial por parte de la editora del caso, sin duda, pero también por parte del editor del número monográfico de la revista donde se publicaban aquellos artículos chilenos de Zambrano, pues a la sazón había sido el editor de *Los*

intelectuales en el drama de España en 1998. Tampoco el segundo editor del libro chileno, a pesar de que en su caso ya tenía a disposición los artículos editados por Pamela Soto García en 2005 y de cuyo trabajo se sirve abundantemente para su edición de 2015, anota la debida correspondencia –en su caso debida pues se trata de una edición anotada– entre el capítulo del libro y el artículo chileno.

En cuanto a las modificaciones a las que se refiere Zambrano, sin entrar en los pormenores del detalle exhaustivo de las variantes, tarea que compete a una sucesiva y auspiciosa nueva edición del libro (el saber filológico enseña que el estudio de las variantes se hace hacia atrás y no hacia adelante), nueva edición que el descubrimiento de estos artículos olvidados reclama como necesaria, hay que decir lo siguiente: que el primero de los artículos es el de menor coincidencia con el capítulo correspondiente, hasta el punto que podría pensarse en una reescritura casi completa del artículo; que de los demás artículos puede decirse que coinciden casi completamente con el resto de los capítulos correspondientes del libro.

La modificación más importante, más consistente y significativa, es, pues, la que se refiere al trasvase en el primer emparejamiento de textos (1a y 1c). Nada, o muy poco, salvo la nota de Zambrano (1937: 26) y la evidente correspondencia de los otros textos (2a-2c, 3a-3c, 4a-4c), hace pensar que haya relación entre los primeros. Cabe hablar, en propiedad, de reescritura más que de simple trasvase de un texto, porque la operación que en este caso lleva a cabo Zambrano no consiste en aportar cambios capaces de configurarse como variantes dentro de un mismo cuerpo textual (añadidos, supresiones, reformulaciones expresivas, etc.), sino en un ejercicio de efectiva reescritura en el que sólo se conservan algunas de las ideas del primer texto (1a), y ni siquiera todas, pues lo cierto es que a la postre tal vez es más lo que se abandona que lo que se mantiene, siendo en todo caso enteramente nueva la forma expresiva del segundo texto (1c). En cambio, en las demás correspondencias se observa el mantenimiento de una misma forma expresiva (la original publicada en la prensa) sobre la que ocasionalmente se introducen algunas modificaciones, en general reconducibles a la idea de variante textual (salvo en la parte final de la tercera correspondencia, en la que también cabe hablar de reescritura con relación a los cuatro últimos párrafos de 3c).

Puede, pues, decirse que las “modificaciones” a las que alude Zambrano en su nota son de dos tipos: variantes textuales y reescrituras. Como ejemplo de las primeras, y sin que haya necesidad de ser exhaustivos, pues aquí se trata sólo de esclarecer la tipología de las intervenciones que hace Zambrano en el trasvase de los textos del periódico al libro, pueden darse las siguientes:

- en el Madrid inolvidable, todavía intacto del verano de 1936 (2a) > en el Madrid inolvidable, todavía intacto de Julio y Agosto de 1936 (2c);
- Este mismo colapso y de mayor longitud (como es natural) se produjo (3a) > Este mismo colapso y de mayor longitud se produjo (3c);

- De la conciencia de todo esto y de más aspectos que la cuestión tiene, y que aquí no podemos enumerar, ha nacido la Revista *Hora de España*, editada en Valencia (3a) > De la conciencia de estos problemas ha nacido la Revista *Hora de España*, que edita en Valencia un grupo de intelectuales (3c).

Las reescrituras, en cambio, son dos: una limitada a la parte final de la tercera correspondencia y otra que comprende enteramente y por completo la primera. En el primer caso (3a-3c), la reescritura no cambia ni la significación ni el sentido del artículo, simplemente se limita a establecer una distinta forma expresiva de una misma idea en cuyo desarrollo en uno y otro texto se quería dar cuenta de los propósitos de la revista *Hora de España* (en este caso la parte del artículo es más extensa y contiene citas del editorial del primer número de la revista que desaparecen en el capítulo del libro).

En el segundo caso (1a-1c), la reescritura resulta ser mucho más compleja, pues a la postre cambia de manera sustancial tanto la forma como buena parte de los contenidos. El artículo (1a) arranca tratando de la “actitud y situación” de los intelectuales en España (tema sobre el que Zambrano está reflexionando mucho desde el inicio de la guerra: nótese que ya antes de salir de España, en septiembre de 1936, publica en *El Mono Azul* el artículo “La libertad del intelectual”, y que toda la primera parte del libro chileno, que presumiblemente ya había escrito, o estaba escribiendo, cuando publica los artículos de *Crítica*, gira alrededor de ese mismo problema de los intelectuales). Después sigue la caracterización de las dos generaciones de intelectuales que, según Zambrano, operan en España en la época: los mayores de cuarenta años, caracterizados por lo que acaso injustamente llama “señorío de la razón”, y los que tienen entre veinte y cuarenta años, entre los que se incluye y a cuya voz de grupo contribuye, caracterizados por una toma de distancia del “afán de conocer por conocer” (atributo implícito de los primeros) y por la búsqueda de una “causa social o religiosa dentro de la cual su vida y su pensamiento encontrarán su sentido”. A esta generación joven la divide luego en tres grupos: católicos, comunistas y fascistas, pero es al de los católicos al que dedica mayor espacio y atención, sobre todo en su relación y diálogo con los comunistas. Sigue un análisis de la centralidad de la fecha de Octubre de 1934 en el desarrollo de los acontecimientos y de cómo la Revolución de Asturias acabó por situar de muy distinto modo a ambas generaciones de intelectuales frente a la política. Hay una referencia a la represión de la revolución con el empleo de un contingente del ejército que era a todas luces extra-nacional (los “moros” en el imaginario de aquellos años) y que desvelaba una contradicción que iba a repetirse en la Guerra civil (lo extra-nacional como factor de represión y sometimiento de lo popular y de lo nacional). Enmarca luego un posible debate entre marxismo y anti-marxismo dentro del redescubrimiento de lo nacional por parte de la generación joven. Hay una referencia crítica de desconfianza y condena del fascismo, tras la cual el artículo procede en la dirección de una descripción

dramática del silencio ambiente que dominaba en la escena española de los años inmediatamente anteriores a la guerra. El artículo concluye con una interesante profundización en el campo de los intelectuales católicos en lo que era, o Zambrano llama, la “cuestión católico-comunista”, algo que constituye una suerte de “nueva realidad” que aparece entonces y que “va a permitir a católicos y comunistas combatir en la misma trinchera”. Allí salen a relucir los nombres de Alfredo Mendizábal y José Bergamín y las revistas *Esprit* y *Cruz y Raya*, una referencia a la intervención de Gide en el Congreso mundial de escritores de 1935 que introduce un debate entre Bergamín y Serrano Plaja, el ejemplo de la revista *Atalaya* en lo que hace a la posición intelectual de la juventud católica y la referencia a la novela de Malraux *La condición humana*, de la que dice que “se leía, y mucho”. (Nótese que la revista *Atalaya* la editaban los hermanos Alfonso y Francisco Rodríguez Aldave en Navarra, que Zambrano se había casado con el primero de ellos en septiembre de 1936, y que quien a la sazón era su marido había publicado en ella un artículo titulado “La vuelta a Dios”; es decir, que el tema católico era también objeto de atención y debate en su vida familiar).

En cambio, el capítulo ‘correspondiente’ (1c), menos disperso y mucho mejor organizado en sus aspectos compositivos, reduce notablemente su campo temático: arranca de la idea de que la inteligencia en España ha tenido una historia distinta de la de Europa (algo que ella está desarrollando en artículos de ese mismo año como “La reforma del entendimiento” y “El español y su tradición” y que encontrará una forma más completa en el primero de los ensayos de *Pensamiento y poesía en la vida española*); luego procede a rastrear esa “inteligencia española” en los nombres de Larra, Ortega y Gasset y Menéndez Pidal. Nótese, pues, que el arranque del capítulo, respecto al del artículo, da un marco de mayor hondura y profundidad histórica y filosófica al problema de la situación de los intelectuales. La época queda caracterizada por el silencio y el aislamiento. Sigue el análisis de la fecha emblemática de Octubre de 1934 y procede a resaltar el concepto de pueblo en detrimento de la acción histórica de los intelectuales en España. Es lo popular, dice Zambrano, lo que se reprime en Asturias, y la represión se ejecuta sirviéndose el Gobierno de la nación de las tropas del Tercio Extranjero. Aparece en toda su crudeza la división de España en dos bandos, la España y la anti-España como expresión de “la teoría de la patria y de la anti-patria”. Se señalan a continuación dos desplazamientos ideológicos de los intelectuales, uno hacia las fuerzas de la reacción conservadora, y otro, de signo contrario, hacia las fuerzas progresistas, fundamentalmente a través de la eliminación de la “contradicción entre nación y pueblo marxista” (en este punto introduce la cita a la que ya se ha hecho alusión de Machado/Mairena sobre el concepto de patria). Vuelve sobre el silencio ambiente, expone el caso de intelectual católico Alfredo Mendizábal, y sigue con Bergamín y las revistas *Esprit* y *Cruz y Raya*. Describe el intercambio de ideas entre Bergamín y Serrano Plaja como el signo distintivo de un cambio en la atmósfera intelectual española. “Iba apareciendo una voluntad de enten-

der, una atención seria a lo que estaba pasando. [...] Y muchos síntomas más que en uno y otro sentido hacían presentir que algo serio, definitivamente serio aguardaba al intelectual en España” (Zambrano, 1937: 31).

Como tal vez pueda apreciarse a través de los resúmenes esquemáticos de ambos textos, cuya única función aquí es dejar breve constancia de sus convergencias y divergencias temáticas, es más lo que Zambrano abandona en la reescritura de la primera correspondencia que lo que mantiene, a lo que sobre todo se añade la distinta forma expresiva de cada texto, incluso cuando se trata de las mismas ideas. El capítulo (1c) parece más logrado en su unidad de fondo, con un tratamiento menos dispersivo de los distintos temas o aspectos que se tratan, mejor estructurado, sin duda, con un final más eficaz y de mayor efecto, por lo que cabe pensar que su composición organizativa nace de una reflexión sobre las insuficiencias y los desequilibrios del artículo (1a). Desequilibrios que pesan, pues no logran resolverse, como tal vez era lícito esperar, en el desarrollo de la serie: el ejemplo más evidente es el que se refiere al análisis de los intelectuales católicos del artículo, de gran interés, sin duda, así como la división generacional que se establece a partir de la edad de cuarenta años, algo, esto último, que desaparecerá en el capítulo, o que quedará diluido en la división que se hace de los intelectuales en función de su posicionamiento político con relación a los bandos beligerantes (la división por edad del artículo dejaba paso a la división por compromiso), mientras que en el primer caso, el relativo a los intelectuales católicos, quedaba en el capítulo bastante reducido con relación al artículo (hasta el punto que la importante referencia a la novela de Malraux se pierde).

Con todo, siendo mucho, como se ve por los resúmenes, lo que separa ambos textos, muy amplias sus diferencias, cabe decir, en base a las también amplias convergencias que entre ellos se notan, que se trata de reescritura, de la reescritura de un texto ya existente, y no de la escritura de un texto por completo nuevo. Zambrano aquilata la escritura del capítulo (reescritura) a partir de la experiencia de la escritura del artículo, sobre todo desde un análisis reflexivo de sus límites y deficiencias, que no deben juzgarse en sí, pues no hay tal, sino en función del horizonte del libro que iba a albergar la transformación del artículo en capítulo.

¿Qué llevó a Zambrano a introducir tales “modificaciones”, sobre todo en lo que hace a la reescritura completa del primer artículo? No podemos saberlo (hasta donde se sabe, Zambrano nunca dijo nada en propósito), pero sí podemos conjeturar como razonable lo siguiente: que la serie se escribió desde la urgencia de las circunstancias; que el libro también se escribió desde similares urgencias, pero menores, pues no es lo mismo publicar dentro del ritmo vertiginoso de la prensa periódica que hacerlo en el horizonte compositivo de un libro futuro (por precipitado que sea hay en este caso, sin duda, un mayor tiempo a disposición, acaso también mayor cualidad de tiempo); que es el horizonte del libro, sobre todo la disposición y desarrollo de los tres capítulos de la primera parte, lo que principalmente motiva el ajuste de la reescritura del primer artículo (a lo que puede añadirse,

o no puede excluirse, si acaso, como queda anticipado, un análisis reflexivo sobre su eficacia en función de sus posibles límites y deficiencias). Es, pues, el horizonte del libro que está escribiendo el que hace a Zambrano reescribir el primer capítulo y no proceder, como en el resto, a la introducción de variantes en un texto ya definido. Es la reescritura del primer capítulo lo que permite el encaje de la serie de los artículos de prensa en la estructura de libro que está escribiendo, lo que posibilita, incluso facilita, la perfecta utilización de los otros artículos en una suerte de continuidad espiritual entre las dos partes del libro.

2. Circunstancia editorial de los artículos argentinos

¿Qué llevó a Zambrano, estando en Chile, a publicar estos artículos en Argentina? ¿Por qué en Argentina y no en Chile, que es donde estaba y donde su nombre ya circulaba en ambientes progresistas e incluso había empezado a publicar en la prensa? ¿Por qué no en España, que es donde Zambrano estaba con el corazón y con la cabeza, aunque en efecto estuviera lejos, y donde su nombre no necesitaba ninguna presentación y seguía vinculado a la acción cultural de su generación?

En la “Nota acerca de la composición de este libro”, escrita en los preparativos de la segunda edición de *Los intelectuales en el drama de España* y que a la sazón quedó sin publicar, Zambrano se refiere a su “breve estancia” en Chile y da unas fechas inexactas: “octubre 1936 – abril 1937” (Zambrano, 2015: 122). Otra prueba de la labilidad de los recuerdos que bien puede añadirse a lo que se dijo al principio. Lo cierto es que en Chile permanecerá Zambrano desde el 18 de noviembre de 1936 hasta el 11 de mayo de 1937 (Soto García, 2005: 53 y 66). Añádase el tiempo del viaje en barco, que comprendía escalas intermedias, tanto a la ida como a la vuelta, y se logra una idea cabal de lo que el “viaje a Chile” significó como tiempo de vida. Téngase en cuenta que para la llegada a España del viaje de vuelta se ha dado la fecha del 19 de junio de 1937 (Moreno Sanz en Zambrano, 2014: 65; Bundgard, 2009: 181), y que el viaje de ida, de Cartagena a Valparaíso, hizo una larga escala en Cuba, lo que permitió a Zambrano conocer y fraternizar con algunos poetas e intelectuales isleños e incluso impartir una conferencia (Zambrano, 2015 b: 683-684). O sea que el inicio del viaje puede cabalmente datarse entre finales de septiembre y principios de octubre de 1936. De seguro a poco de contraer matrimonio en Madrid el 14 de septiembre con Alfonso Rodríguez Aldave, joven diplomático que para su primer encargo había sido nombrado primer secretario de la Embajada de España en Chile.

De la intensa e importante actividad del joven matrimonio en el concierto de la estructura de la Embajada ya dimos cuenta en algunos estudios anteriores (Martín, 2020 y 2022). Baste aquí señalar sus notas distintivas más esenciales, sobre todo en relación a la especificidad de la labor de Zambrano (aunque es innegable que la joven pareja actuaba de común acuerdo y en mutuo apoyo en el despliegue de una vasta acción política y cultural

de apoyo a la causa republicana en la Guerra de España). Es cierto que Zambrano acompaña a su marido en su destino chileno y que ella no tiene oficialmente ningún cargo en la Embajada, pero no es menos cierto que en ningún momento se acomoda al papel de esposa de diplomático, como testimonia el hecho de que llegara a tener un “despachito” en la Embajada (Zambrano, 1989: XII) desde el que actuaba en primera persona y con voz propia (téngase en cuenta, además, su sensibilidad hacia el papel de la mujer en la Guerra de España y en el nuevo orden social que habría de venir en su esperanza de victoria, como muestran sus artículos de esos meses “La mujer en la lucha española” y “La lucha en la mujer actual”, así como su colaboración con el Movimiento de Emancipación de Mujeres de Chile).

Alfonso Rodríguez Aldave funda recién llegado a Chile la Editorial Panorama, que sufragará con su sueldo de diplomático (Zambrano, 2014: 713); no era la primera vez que se acercaba al mundo editorial, pues con su hermano Francisco había dado vida y editado la revista *Atalaya*, de corta vida (sólo dos números entre 1934 y 1935) pero ejemplo de buena factura, sobria elegancia y esmerado cuidado (a ella se refiere Zambrano en el primero de sus artículos argentinos). Ahora bien, a juzgar por lo que la editorial publicó en sus escasos meses de vida, bien podría decirse que fue Zambrano, más que su marido, quien cargó sobre sus espaldas la mayor parte del trabajo editorial. De los seis libros publicados (Martín, 2020) Zambrano carga con el peso completo de tres de ellos (la *Antología* de Federico García Lorca, el *Romancero de la guerra española* y su propio libro *Los intelectuales en el drama de España*) y colabora con un importante epílogo en *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*, un libro sin duda importante con el que la plana mayor de la poesía chilena de entonces manifestaba su apoyo a la causa republicana española. A esta labor ligada a la editorial Panorama, como editora de antologías y escritora en propio, hay que añadir los artículos que publica durante esos meses en la prensa española y chilena (a los que se suman ahora los artículos argentinos recién descubiertos y editados en el Apéndice), entre los que cabe destacar: “La reforma del entendimiento”, “El español y su tradición”, “La vocación de ser hombre”, “Unamuno y su contrario”, “¡Madrid, Madrid!”, “La intelectualidad española y la República” o los ya citados “La Hora de España” y “La mujer en la lucha española”.

La imponente actividad desarrollada en Chile por el joven matrimonio sólo se entiende si se la pone en relación con la estructura de relaciones y apoyos que Rodrigo Soriano Barroeta-Aldamar, desde su llegada en 1934 al frente de la Embajada de España en Santiago de Chile, había tejido allí en los ambientes político-culturales progresistas (Martín, 2022). El embajador, en efecto, era buen conocedor de la lucha política, sobre todo la que se ejerce en el campo de la cultura: estamos hablando del Rodrigo Soriano amigo y compañero de Blasco Ibáñez en Valencia, del periodista combativo que protagonizó denuncias y polémicas importantes en la época del fin de siglo español, del editor y fundador de importantes periódicos y revistas (*Vida Nueva*,

quizá la revista que mejor encarnó el “espíritu del 98”, los diarios *El Radical* y *España Nueva*, sin olvidar su financiación y colaboración en la redacción de *El Pueblo* de Blasco Ibáñez); estamos hablando del diputado de indudable fe republicana en tiempos muy anteriores al advenimiento de la República, del cronista de guerra en las campañas del norte de África, del compañero de Unamuno en el destierro de Fuerteventura (con quien además protagonizaría una rocambolesca huida que llevaría a ambos al exilio durante la dictadura de Primo de Rivera, a Unamuno a Francia y a él a Uruguay); estamos hablando del fundador de la Asociación Republicana Española en Montevideo, del diputado en las Cortes constituyentes de la República cuyo radicalismo diera vida a un grupo parlamentario que Ortega y Gasset calificara de “jabalíes”, del viajero apasionado a la Rusia de la revolución, del impulsor en la forja y creación en España de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, del “embajador rojo”, en fin, según el decir que se hizo común de José María Pemán. Sin olvidar que estamos hablando también del autor de *Una conferencia con Emilio Zola*, *La Walkyria en Bayreuth*, *Viaje a la Meca del Wagnerismo*, *Darío de Regoyos. Historia de una rebeldía*, libros que lo colocaban en el centro de la renovación del arte y la literatura en la época de fin de siglo en España; del autor de *Moros y cristianos*, *La entrada de Nozaleda*, *¡Guerra, guerra al infiel marroquí!*, *España bajo el sable*, *La revolución española ayer y hoy*, libros que trazan un análisis preciso de la vida política española desde poco antes del “desastre de Cuba” hasta los primeros años de la República; del autor de *San Lenin*, al que seguiría *El cielo de San Lenin*, títulos por lo demás muy evidentes en lo que era su interés político por la revolución rusa.

El caso es que Soriano llega a Chile dispuesto a ejercer su cargo de embajador sin renunciar a su talante como escritor intelectual. Allí publica al poco de llegar algunas obras que ya habían aparecido con éxito en España, como *Darío de Regoyos. Historia de una rebeldía* (Santiago, Zig-Zag, 1935) y *España bajo el sable* (Santiago, Impr. Gutenberg, 1936), y recoge en volumen algunas intervenciones suyas como embajador de la República española en *Cervantes*, *Colón. Tres discursos* (Santiago, Impr. Bureau Gráfico, 1935).

Soriano no es un diplomático de carrera, sino un político vehemente que se ha hecho a sí mismo y expone sin reparo sus convicciones, lo que hace que choque en no pocas ocasiones con el gobierno conservador de Alessandri Palma, desde donde se le acusa a veces de superar los límites de la mera representación diplomática. Desde su llegada a Chile Soriano trabaja en el establecimiento de relaciones con las fuerzas progresistas chilenas, relaciones que inicialmente eran de apoyo español en campo chileno (por ejemplo en lo que fue el respaldo a la creación del Frente Popular en Chile, un camino largo que empezó en 1935 y siguió de cerca los ejemplos de Francia y España), pero que una vez comenzada la Guerra de España se transforman en solidario apoyo chileno a la causa republicana española (Romero Pérez, 2018). Y es justo ahí, en ese momento preciso de la vasta y múltiple acción de Soriano, cuando llegan a Chile y se incorporan

a la Embajada de España en Santiago los jóvenes Rodríguez Aldave y Zambrano.

De esa importante red de relaciones tejida por Soriano se sirvió el joven matrimonio, aunque tal vez sea más exacto decir que fue Soriano quien la puso a su servicio, quien se la brindó, o mejor, supo brindársela, más que por generosidad, aunque él era generoso, por camaradería en el apoyo a la causa común del republicanismo español en guerra. No es exagerado hablar de camaradería, pues hay que tener presente que estamos hablando del período de mayor proximidad y empatía de Zambrano con los comunistas. Nótese también que el nombramiento como primer secretario de embajada de Rodríguez Aldave estuvo motivado por la ruptura interna que se había producido en la legación de la Embajada: fue algo común entonces a muchas embajadas y consuados, pues la división de la guerra acabó por dividir las representaciones diplomáticas españolas en el extranjero, pero en el caso chileno fue aún mayor debido al carisma político del “embajador rojo” que era Soriano.

El momento de la llegada, pues, es sumamente concitado: “En el instante mismo en que subíamos las escaleras del edificio de la Embajada, bajaba el embajador, quien nos dijo «no deshagan ustedes las maletas, que me acaba de llamar el Presidente de la República, para romper relaciones con España». No fue así, una vez más, pero la amenaza estaba en pie” (Zambrano, 2015 b: 684). Soriano tenía que lidiar con un gobierno chileno que oficialmente se mostraba neutral ante la Guerra de España, pero algunos de sus miembros, en privado, y a veces casi en público, si bien tal vez no manifestaban su apoyo al bando nacional, lo que sí hacían era expresar una clara distancia de la República. Y a ello se añadía el nuevo frente abierto en la representación diplomática española, con los disidentes en apoyo al bando nacional que se habían hecho fuertes en el Consulado de Valparaíso y amenazaban con denuncias a la acción de la Embajada en Santiago. Era, pues, momento de extremar la atención y el cuidado, de medir la eficacia de la acción de la Embajada dentro de una estrategia de prudencia y discreción, sobre todo de llevar a cabo la acción con un comedimiento tal de impedir la protesta del gobierno chileno. Es por eso que con razón se ha hablado de “actitud sigilosa de Zambrano” (Soto García, 2005: 63) en sus escritos chilenos.

En efecto, Zambrano escribe sobre España y sobre la guerra que en su suelo se combate, pero evita cualquier referencia polémica a la situación chilena, cualquier cosa que pueda ofrecer un flanco de crítica que limite la eficacia que buscan sus escritos de esta época. Es más, cabe decir que esta actitud de respeto a la Embajada de España, al trabajo de su marido como diplomático y a la figura del embajador, están en la base de la motivación que mueve a Zambrano a publicar fuera de Chile algunos de sus artículos más comprometidos con la denuncia de la situación española. Fuera de Chile, sin duda, pero no tan lejos como para que su voz no pudiera llegar a Chile de rebote, algo que no sucedería de publicarlos en España, desde luego, pero sí de hacerlo en el país vecino, siendo Argentina, por lo demás, en la época que hace al caso, una potencia editorial que trascendía las

fronteras de los países sudamericanos. No hay, pues, duda respecto al porqué de la publicación de algunos de sus artículos chilenos en el diario *Crítica* de Buenos Aires. Tal vez no eran los más radicales de Zambrano en aquel tiempo, o cuanto menos hay que decir que en Chile había publicado también alguno que otro semejante, pero lo que los hacía temibles era su serialidad, su carácter constitutivo como serie de artículos, su continuidad, la insistencia de su continuidad, su persistencia en esa insistencia reclamando un horizonte de lectura que iba más allá de la mera ocasionalidad del día a día.

¿Pero por qué en *Crítica*? ¿Cómo llega Zambrano al diario *Crítica* de Buenos Aires? La historia es simple y tiene un sólo protagonista: Rodrigo Soriano. En los años de su exilio en Montevideo durante la dictadura de Primo de Rivera, Soriano conoció y trabó amistad con el empresario periodístico Natalio Botana, uruguayo afincado en Buenos Aires y a la sazón propietario y fundador del diario *Crítica*. Tal vez quepa señalar a Botana como el precursor de una prensa que miraba con interés a los nuevos medios de comunicación, principalmente la radio, a la que en modo alguno sentía en competencia con la prensa y pretendía más bien una integración entre ambos medios (téngase en cuenta que la fundación del diario es de 1913 y que su aventura en Radio Argentina empieza en 1925). La principal característica de *Crítica* es lo que ha dado en llamarse su “populismo”, razón de ser de una línea editorial desenfadada y atrevida que carecía de redactor jefe y cuyas funciones quedaban en manos de la esposa de Botana, la escritora anarquista y feminista Salvadora Medina Onrubia. Los años veinte y treinta son sin duda los de mayor esplendor del diario, llegando incluso a codearse con los grandes de la época (*La Nación* o *La Prensa*) en el primado de las tiradas. Pues bien, el punto importante que hace a nuestro caso es que Soriano, durante su exilio en Montevideo durante la dictadura de Primo de Rivera, fue colaborador de *Crítica*, y hay que decir que se sentía a gusto, pues aquel carácter populista del diario se avenía bien con su espíritu polémico y combativo. Su amistad con Botana perduró en el tiempo y se reanudó cuando llegó como embajador a Chile.

Es decir, que también en este caso, como en otros relativos a la acción intelectual de Zambrano en Chile, son las relaciones de Soriano las que hacen posible la publicación de los artículos olvidados que aquí editamos, relaciones en forma de red trezadas por su persona a lo largo su vida dilatada (había nacido en 1868) y que en la hora de la Guerra de España se ponían a disposición de cualesquiera empresa en apoyo de la causa republicana. Pero hubo más que mera estrategia en función de un mismo compromiso político, pues Soriano sintió sincero afecto por aquella pareja de jóvenes que llegó a Chile en uno de los peores momentos de su Embajada. De hecho, cuando la quinta de Rodríguez Aldave fue llamada a filas para incorporarse al frente, Soriano intentó disuadirles del regreso, pensando acaso que sin duda eran más útiles en Chile que en España: “Como mi esposo fue llamado a filas, el señor embajador don Rodrigo Soriano lo declaró insustituible en la embajada para que no fuera al frente. Pero el propio interesado conoció el cable en la

cancillería y lo interceptó y dijo al señor embajador que él no podía defender la causa a tan larga distancia, que tenía que dar la cara e incorporarse en la lucha y no estar en una retaguardia tan remota. Me propuso a mí entonces el embajador un cargo en la embajada superior al de mi marido porque yo no podía tomar las armas. Le respondí en términos parecidos a los del señor Aldave y que yo partía también para España” (Zambrano, 1989: XI). Ta vez Soriano entonces les dijera –sin convencerles– que Chile no era retaguardia sino trinchera en la Guerra de España. Pero la joven pareja volvió, convencida –eso sí– de que lo hacían para perder la guerra (Zambrano 2015 b: 684).

De cómo hubieron de recibir en *Crítica* los artículos de Zambrano ya dijimos e hicimos las hipótesis pertinentes en el apartado anterior. Hay que decir que los artículos se publicaron siempre en resalto y en buena posición de página, pero sólo el tercero en orden de publicación (aunque en nuestra hipótesis fue el último en ser enviado por Zambrano), es decir, la “Carta al Dr. Maraño”, logró mayor atención y cuidado, hasta el punto que el artículo se abrió con una amplia nota de presentación de la autora del artículo (amplia, claro, para lo que son los espacios en la prensa periódica: *vid. infra* en el Apéndice). Tal vez el resalto mayor se debió a la inminencia de la llegada de Maraño a Buenos Aires y al deseo del periódico de Botana en contrastar las opiniones que el ilustre médico estaba haciendo desde su salida de España sobre la Guerra y la República.

En efecto, Gregorio Maraño había salido de España a mediados de diciembre de 1936, en barco desde Alicante y en compañía de Menéndez Pidal. El 17 llega a Marsella y dos días después ya está en París. En dos meses organiza o le organizan un viaje sudamericano que le llevará a Uruguay, Argentina, Chile y Brasil, un verdadero *tour de force* en el que llegará a impartir “cuarenta y cuatro conferencias en cuarenta días”, según él mismo dijo en una entrevista brasileña antes de emprender el viaje de regreso. Las fechas del viaje (según los recortes de prensa del Archivo Gregorio Maraño): el 25 de febrero de 1937 sale en barco de Francia con dirección a Montevideo; el 29 de abril sale en barco de Brasil con dirección a Francia. En medio están los desplazamientos sudamericanos: de Uruguay a Argentina, de Argentina a Chile, de Chile a Argentina y de Argentina a Brasil. El 21 de marzo se le espera en Buenos Aires procedente de Montevideo, mera escala que hacia Chile. En Santiago dicta tres apretadas conferencias y es recibido incluso por el presidente Arturo Alessandri Palma (con gran seguimiento y resalto de la prensa, como es fácil de imaginar). El 24 regresa a Buenos Aires y en los días siguientes dictará varias conferencias en prestigiosas instituciones, desde la Facultad de Ciencias Médicas al Teatro Politeama o a la revista *Sur* de Victoria Ocampo (de la que será huésped en su mansión famosa de Mar del Plata), recibiendo homenajes muy sonados en las sedes del Rotary Club y del PEN Club porteños. Señalamos sólo estas fechas porque son las que más interesan a nuestro caso (téngase presente que el relativo artículo de Zambrano se publica el 20 de marzo y que arrastra

la publicación al día siguiente del artículo que se había quedado descolgado de los dos primeros).

Marañón había sido para Zambrano un referente intelectual, una personalidad enormemente respetada, una suerte de guía para algunos sectores universitarios de la juventud en los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera y en el advenimiento y despliegue de la República en sus primeros años de vida. Marañón está entre los llamados “maduros” a los que acuden los más jóvenes en 1928 (entre ellos también Zambrano y en posición principal) para solicitar consejo y ayuda. De aquel encuentro saldría la fundación de la Liga de Educación Social, que guardaba no poco parentesco con la orteguiana Liga de Educación Política Española de 1914. En su primer libro, *Horizonte del liberalismo*, publicado en 1930, Zambrano busca dar sustancia a un “nuevo liberalismo” acorde con los nuevos tiempos y con el espíritu de la nueva juventud, pero es claro que el liberalismo de base, que se discute en el sentido de querer ampliarlo, es el de Ortega y Gasset, sin duda, pero también el de Marañón. También hay que tener en cuenta que algunos títulos de Marañón fueron decisivos en la formación de la joven Generación de 1930 (o del 27 o de la República o como se prefiera que se la llame): piénsese, por ejemplo, en *Amor, sexo y deporte* o en *Tres ensayos sobre la vida sexual*. Por todo ello debió de ser especialmente doloroso para Zambrano el ajuste de cuentas que acomete en su “Carta al Dr. Marañón”.

El detonante fueron las declaraciones que Marañón hizo al diario *Le Petit Parisien* poco antes de iniciar su viaje sudamericano, declaraciones en las que vertía críticas contundentes a la República española y manifestaba sin ambages su apoyo al bando nacional. El artículo en cuestión se publicó en primera página el domingo 21 de febrero de 1937, lo firmaba el cronista de guerra Louis Roubaud y llevaba por título “La douloureuse confession du professor Marañón”. Allí dice, por ejemplo: “Ma vérité, monsieur! C’est un act de contrition! J’ai été trompé, je me suis trompé”. Sigue con un *mea culpa* en lo que considera un error intelectual y político, propio y de cuantos como él lucharon por el triunfo de la República (nótese que el artículo en cuestión llevaba como subtítulo, o como continuación en carácter menor del mismo título, el atributo “fondeur de la République” aplicado a Marañón) y pasa después a un juicio completamente negativo de la degeneración republicana llevada a cabo por los líderes políticos de la izquierda revolucionaria. Cuenta el incidente personal de su señalación pública por Largo Caballero, algo que no duda en calificar como “un arrêt de mort”, y concluye defendiendo su sucesiva búsqueda de refugio fuera de España y su esperanza y convicción de una segura victoria de bando nacional, de cuyo lado se coloca de manera inequívoca: “La situation presente [...] ne permete pas de position intermédiaire. D’abord, les dés sont jetés. La victoire de Franco est certain” (Roubaud, 1937: 2).

Las declaraciones de Marañón cayeron como un jarro de agua fría en la España republicana: no se trataba sólo de una crítica a la República en su momento de mayor debilidad y acoso, sino de un apoyo al bando nacional por parte de uno de los intelectuales españoles

de mayor prestigio internacional. Ello fue lo que movió a una respuesta en forma de manifiesto publicado en la prensa de Valencia y Madrid a primeros de marzo de 1937. Firmaban la “Contestación al Doctor Marañón”, entre otros, Jacinto Benavente, Antonio Machado, Juan de la Encina, León Felipe, Victorio Macho, Antonio Zozaya, Tomás Navarro Tomás y José Fernández Montesinos. La contestación, dadas las circunstancias, es de una rara elegancia y en ningún momento esconde los desaciertos y excesos republicanos, casi una concesión a las declaraciones de Marañón que denuncia su cambio de bando. La contestación mira con nostalgia al que fuera adalid del “nuevo liberalismo”, denuncia su desafecto y condena su ingratitud con una República que con generosidad le había permitido salir de España.

Pero el caso es que las declaraciones de Marañón fueron ampliamente recogidas por la prensa internacional, sobre todo en lo que era la cobertura informativa de su viaje sudamericano. Los titulares de la prensa eran de este cariz: “Gregorio Marañón cree en el triunfo del General Franco. Hizo declaraciones en Lisboa, donde se halla de paso para Sud América”; “Gregorio Marañón cree que los nacionalistas ganarán la guerra. Habla de la revolución en su patria”; “Marañón anticipa el triunfo de las fuerzas de Franco. El fracaso republicano”, etcétera. Zambrano, de seguro en concierto con la Embajada de Rodrigo Soriano, se mueve y actúa para contrastar esa voz que iba a ser noticia inevitable por el viaje y arrastraba consigo las declaraciones precedentes que arrancaban de la entrevista a *Le Petit Parisien*. Es obvio que la “Carta al Dr. Marañón”, de publicarse en Chile, habría creado problemas en la Embajada (nótese que en Chile, como ya queda dicho, Marañón será recibido por el mismo presidente Alessandri Palma) y hubiera resultado muy inoportuna dada la labor diplomática que desempeñaba el marido de Zambrano. Argentina, en cambio, no ofrecía problemas de ese tipo, y podía ser incluso estratégicamente más acertado publicarla en Buenos Aires, dado el papel preponderante y la distribución transnacional de la prensa argentina de la época; a lo que se añadían aún dos cosas más: que la etapa argentina iba a ser más importante que la chilena en el viaje de Marañón, al menos en el número de conferencias y en el tiempo transcurrido, y que Zambrano ya había empezado a colaborar con el diario *Crítica* desde principios del mes de marzo.

Pero la acción de Zambrano contra la propaganda mediática del bando nacional en ocasión del viaje de Marañón no se limitó a la escritura y publicación de su artículo, sino que supo aprovechar su canal de comunicación con el diario *Crítica* para que publicaran poco después del suyo un artículo de José Bergamín, su amigo y compañero de generación, su director en la revista *Cruz y Raya*, escrito también en respuesta a las declaraciones de Marañón: “José Bergamín contesta al Dr. Marañón” (*Crítica*, 7 de abril de 1937). Bergamín, en efecto, había sido entrevistado por el mismo Louis Roubaud de la entrevista a Marañón, pero la suya –según consta en el inicio del artículo de *Crítica*– no se pudo “dar íntegramente” en *Le Petit Parisien*. De seguro que este inconveniente, acaso teñido de la sospecha de censura o algo peor, en lo que era el intento de Bergamín de re-

batir a Marañón en el mismo diario y terreno de juego, movió a Zambrano para que la entrevista a Bergamín pudiera publicarse íntegra en las páginas de *Crítica*, donde dos semanas atrás había aparecido el suyo, a modo de caja de resonancia contra la propaganda del bando nacional en los países del viaje sudamericano de Marañón. Era un modo también, por parte de la joven generación, de sumarse al manifiesto de los mayores, acaso haciendo de sus figuras durante la Guerra de España nuevos puntos de referencia de una juventud que se sintió abandonada por sus maestros (en Zambrano es muy claro por lo que respecta a Ortega y Marañón, por ejemplo, y cómo en esta época es Machado quien para ella se convierte en guía y mentor).

Para la escritura de la “Carta al Dr. Marañón” Zambrano va a tener presente tanto la entrevista de *Le Petit Parisien*, que sin duda tuvo una resonancia extraordinaria, cuanto una carta privada dirigida a Agustín Edwards (tal vez Mac-Clure, o tal vez su hijo homónimo Agustín Edwards Budge, ambos ligados al diario *El Mercurio*, que era propiedad de la familia Edwards desde su fundación) fechada en París el 26 de enero de 1936 y luego publicada en la edición de Madrid del diario *ABC* el 11 de febrero con el siguiente título: “El Doctor Marañón escribe una carta en París que le acredita como desleal y antipatriota”. En dicha carta Marañón hacía referencia a la situación de los asilados en las embajadas extranjeras en Madrid y desmentía la versión oficial de las autoridades republicanas al respecto. Documentos, pues, ambos de primera mano que dejaban oír clara la voz de Marañón tras su salida de España. A la de Marañón, Zambrano opone la suya y teje una argumentación que acaba en denuncia de los que ella llama entonces “neutrales” y hoy solemos comprender desde la categoría de Tercera España. No hay en Zambrano en esta hora sino condena de esa posición de Marañón, dejando claro que no es sólo contra Marañón contra quien ella escribe, sino que implícitamente lo hace también contra sus maestros: contra el silencio de unos y el apoyo explícito a los militares sublevados de otros. No hay para ella comprensión posible en esta hora para las posiciones intermedias, algo que, acabada la guerra, cambiará en su ánimo y en su pensamiento, como muestran los escritos de poco sucesivos “Los intelectuales en el drama español. Los que callaron. Ortega y Azorín” y “Confesiones de una desterrada. Una voz que sale del silencio” (Zambrano, 2014: 259-272). Pero esto es ya, claro está, otra historia.

Conmueve en cualquier caso el final de la Carta, la total implicación de Zambrano en la Guerra de España que allí se manifiesta como un desgarrar sereno, la lúcida claridad con la que describe el odio, su odio personal, que va a juntarse con la fe, también personal, en una convergencia empática tal vez insuperable que la lleva a “gritar” su “protesta irreconciliable: mi odio, mi fe”. No es una fe cualquiera, desde luego, y tendrá que hacer aún un largo camino, pero es claro que ya aquí habla Zambrano desde los primeros pasos –ya dados por ella con seguridad en Chile– del camino recibido como exigencia filosófica de búsqueda de una nueva razón que habrá de llevarla hasta la “razón poética”.

En conclusión, cabe decir que la “Carta al Dr. Marañón” corona una sucesión de artículos constituidos en serie periodística en la que Zambrano aborda, sin duda con originalidad, el “problema de los intelectuales” en el “dra-

ma de España”. No es, desde luego, un ajuste de cuentas a la Julien Benda en *La traición de los intelectuales*, aunque en algunos pasos condenatorios pueda asemejarse en lo que no es más que común pertenencia al espíritu del tiempo, sino un análisis filosófico del campo intelectual en España, y de reflejo en Europa, un análisis que no procede metiendo todo –a todos los intelectuales– en un mismo cajón de sastre, sino operando con discernimiento entre los distintos grupos de intelectuales, sobre todo yendo a la valoración de la acción, comprendiendo la figura del intelectual desde su posicionamiento social o civil, no desde sus meras ideas, sino desde la acción que promueven las ideas (tesis por lo demás en perfecta consonancia con aquel manifiesto generacional que fue *El nuevo romanticismo* de José Díaz Fernández). De sumo interés, en este sentido, es la división generacional que lleva a cabo en el primer artículo, sobre todo la caracterización del debate católico-comunista dentro de un mismo horizonte de acción de apoyo a la República (algo que tal vez no queda tan claro en la reescritura del correspondiente capítulo del libro chileno). También el juego que establece –y con el que construye sendos artículos– entre el simbolismo de los títulos de las revistas *El Mono Azul* y *Hora de España* con la acción intelectual promovida desde ellas en la trinchera cultural de la Guerra de España.

Si el “problema de España” había dominado el campo de la cultura española desde Costa hasta Ortega, dejando en medio la gran contribución al debate de la Generación del 98, Zambrano ve en la hora de la guerra, precisamente en estos artículos argentinos, cómo aquel “problema” se había transformado en “drama”: un drama que era también el drama de la inteligencia dentro del drama de España.

3. Nota a la edición

Nuestra edición reproduce los cuatro artículos publicados por Zambrano en el diario argentino *Crítica*, según la indicación de fechas que se dio en el primer apartado de este trabajo: 5, 6, 20 y 21 de marzo de 1937. Allí se procedió a la descripción de los mismos y al establecimiento de las oportunas correspondencias textuales con los capítulos de la segunda parte de *Los intelectuales en el drama de España* en su primera edición (Santiago de Chile, Panorama, 1937). Por lo dicho allí, sobre todo en consideración del carácter serial de los artículos, en nuestra edición se ha preferido alterar el orden cronológico de su sucesión en la prensa y se ha procedido a colocar la “Carta al Dr. Marañón” al final (nótese que esta solución concuerda con el orden dado por Zambrano a los capítulos de la segunda parte del citado “libro chileno”).

Anteponemos a nuestra edición el perfil de presentación de la autora que acompañaba al tercero de los artículos en el orden de publicación en el diario, así como también la nota del cuarto, que se supone no eran obra de Zambrano (o cuanto menos así parecen indicar el estilo y el empleo de las cursivas en la página del diario). También reproducimos el dibujo de la autora que acompañó a la publicación de los cuatro artículos.

Nuestra edición corrige las erratas y los errores de los artículos de Zambrano, por lo demás tan propios de las publicaciones periódicas de la época, pero no corrige las inexactitudes del perfil y de la nota antes mencionados (a decir verdad muy pocas, de escasa importancia y acaso evidentes para el lector actual), pues es justo mostrar en este caso la exactitud del texto que el lector del diario tuvo entonces en mano y a cuyo través se forjó una idea de la joven autora. Además, actualiza la acentuación y la transcripción de palabras arcaicas y nombres extranjeros, pero no interviene apenas nunca en la interpunción, ni aun en casos de evidente incompatibilidad o de notable distanciamiento con los usos actuales (sólo lo hace en casos de patente error y/o difícil lectura y siempre teniendo en cuenta la lección de las “modificaciones” aportadas en la sucesiva edición del libro), pues se ha considerado más importante, incluso necesario, sobre todo en esta fase y en aras de futuros trabajos de edición de esta parte del corpus zambrano, reproducir la forma textual filológicamente más exacta de los artículos.

Cuando para mantener el sentido de la frase se ha hecho necesario el añadido de alguna palabra se ha señalado entre corchetes. Un caso especial lo constituye la cita que hace Zambrano en el artículo del 21 de marzo del “Propósito” con que se abre la revista *Hora de España* (n. 1, 1937, pp. 5-6): en la copia de la cita hay una palabra equivocada y un salto de palabras que nuestra edición restituye entre corchetes.

Se ha procedido a no anotar los artículos por considerar que no era esta edición el lugar adecuado (la filología enseña que el estudio de las variantes se hace hacia atrás y no hacia adelante). Tal será el caso de una nueva edición de *Los intelectuales en el drama de España* que el descubrimiento de estos artículos olvidados reclama con fuerza y acaso impone de necesidad como tarea pendiente e incluso tal vez urgente.

Agradezco a mi amiga Inés Viñuales, directora de la Fundación Ortega y Gasset Argentina, y a Macarena Fernández, colaboradora de la misma institución, su ayuda para la localización de los artículos en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de la República Argentina en Buenos Aires.

4. Bibliografía

- Abós, Álvaro (2001), *El Tábano. Vida, pasión y muerte de Natalio Botana*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Benavente, Jacinto et al. (1937), “Contestación al Doctor Marañón”, en *Ahora*, 6 de marzo (repr. en F. Díaz-Plaja, *Si mi pluma valiera tu pistola*, Barcelona, Paza y Janés, 1979, pp. 680-681).
- Bundgard, Ana (2009), *Un compromiso apasionado. María Zambrano: Una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*, Madrid, Trotta.
- Cámara, Madeline (2013), “Chile; la experiencia latinoamericana de la ‘solidaridad’ para María Zambrano”, en *Aurora*, n. 14.
- Cámara, Madeline (2020), “Apuntes para la genealogía latinoamericana de la razón poética de María Zambrano”, en *Persona, ciudadanía y democracia. En torno a la obra de María Zambrano*, ed. de J. A. García Galindo y L. Ortega Hurtado, Málaga, Fundación María Zambrano.
- López Vega, Antonio (2011), *Gregorio Marañón. Radiografía de un liberal*, Madrid, Taurus.
- Marañón, Gregorio (1937), “Carta a Agustín Edwards”, en *ABC*, 11 de febrero.
- Martín, Francisco José (2004), “De la edición del texto filosófico hispánico”, en *Revista de Occidente*, n. 273 (febrero).
- Martín, Francisco José (2011), “Forma y estilo de la filosofía: Emilio Lledó y el déficit filológico de la filosofía española”, en *El texto de la vida. Debate con Emilio Lledó*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Martín, Francisco José (2015), “Por una filología del exilio” (reseña de M. Zambrano, *Obras completas*, vol. I), en *ABC Cultural*, n. 1187 (16 de mayo).
- Martín, Francisco José (2020), “María Zambrano en la trinchera chilena de la Guerra civil española (De un contexto de escritura y a propósito de la razón poética)”, en *RiCognizioni. Rivista di lingue, letteratura e culture moderne*, n. 14.
- Martín, Francisco José (2022), “Entre poetas (Un epílogo y dos prólogos chilenos de María Zambrano)”, en *Fedro. Revista de estética y teoría de las artes*, n. 22.
- Moreno Sanz, Jesús (2014), “Cronología de María Zambrano”, en M. Zambrano, *Obras completas*, vol. VI, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Pérez Mateos, Juan Antonio (1976), *Los confinados. Desde la dictadura de Primo de Rivera hasta Franco*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Romero Pérez, Elena (2018), “Rodrigo Soriano, embajador de la Segunda República en Chile: contribuciones intelectuales y establecimiento de redes en defensa del antifascismo”, en *Exilios políticos del Cono Sur en el siglo XX*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur.
- Roubaud, Louis (1937), “La douloureuse confession du professor Marañón”, en *Le Petit Parisien*, 21 de febrero.
- Soto García, Pamela (2005), “María Zambrano en Chile”, en *República de las Letras*, n. 89.
- Zambrano, María (1989), “Introducción” a F. García Lorca, *Antología*, Facsímil de la edición chilena de 1937, Vélez-Málaga, Fundación María Zambrano.
- Zambrano, María (1998), *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, ed. de J. Moreno Sanz, Madrid, Trotta.
- Zambrano, María (2014), *Obras completas*, vol. VI, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, María (2015), *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la Guerra civil*, ed. de A. Sánchez Cuervo, en *Obras completas*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, María (2015 b), *Filosofía y poesía*, ed. de M. Rodríguez, en *Obras completas*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

5. Apéndice

Cuatro artículos olvidados de María Zambrano publicados en marzo de 1937 en el diario *Crítica* de Buenos Aires.

5.1. Perfil de María Zambrano publicado en incipit al artículo del 20 de marzo de 1937

María Zambrano, autora del artículo que a continuación se leerá, es una de las mujeres españolas de más precisa personalidad. Su autoridad en filosofía es indiscutible en los más altos ambientes de estudios europeos. Doctora en filosofía y letras, ha dictado durante varios años la cátedra de historia de la filosofía en la Universidad de Madrid y ha sustituido en diversas oportunidades a José Ortega y Gasset durante la ausencia de éste en su cátedra de filosofía general. Sus ensayos sobre los filósofos de la época cartesiana y espinosista le han colocado a frente de los grandes comentaristas de la evolución filosófica hasta Kant. Fue colaboradora de la *Revista de Occidente*, en donde tuvo a su cargo la sección de bibliografía filosófica. Ha colaborado, asimismo, en *Cruz y Raya*, y fue la fundadora de las publicaciones que aparecieron durante muchos años con el título de *Cuadernos de la Facultad de Filosofía*. La publicación de su libro sobre *Liberalismo* promete ser una verdadera sensación en los círculos intelectuales. Pertenece a la Unión de Intelectuales Antifascistas y ha sido la fundadora de la Federación Universitaria de Estudiantes. Es una personalidad intelectual de caracteres tan nítidos que se ha impuesto ya en los diferentes círculos como una autoridad en la materia filosófica y didáctica. Sus cursos en la Universidad Central de Madrid, Instituto Cervantes y Residencia de Estudiantes, publicados oportunamente, constituyen una síntesis de la evolución didáctica de la filosofía en forma tal que ello sirve como obra de consulta en los más altos institutos de estudio. Vive actualmente en Chile.

5.2. Nota en incipit al artículo del 21 de marzo de 1937

Publicamos hoy otro artículo de María Zambrano, siguiendo lo ya publicado por la misma colaboradora sobre la actual situación española. María Zambrano, brillante publicista española, toca con su artículo de hoy la posición de los intelectuales frente a la guerra desatada en la madre patria por el fascismo.

5.3. Dibujo publicado en todas las entregas

En diferente tamaño, en general mirando hacia la izquierda (como en nuestra reproducción), excepto en el artículo del 21 de marzo que aparece en tamaño más chico y mirando hacia la derecha.



5.4. Los Intelectuales en la Lucha de España

(*Crítica*, 5 de marzo de 1937)

Artículo I

MUY significativo para el presente y aún más decisivo para el futuro, es la actitud y situación de los intelectuales españoles dentro del conflicto tremendo que conmueve hasta sus entrañas más hondas la vida española. Hacer un análisis minucioso y objetivo de esta situación será algún día muy necesario, porque servirá para poner en claro muchas cuestiones hasta ahora insolubles por falta de datos; denunciará taras esenciales del intelectual europeo de estos últimos tiempos y pondrá al descubierto, sobre todo, una idea acerca de la inteligencia y su función que resulta ya inservible para la gran tarea que tiene que acometer el intelectual de estos tiempos si es que la inteligencia no va a desaparecer del mundo. Pero no es todavía el momento de practicar este análisis; únicamente podemos dar una noticia lo más completa posible de los hechos, estableciéndolos con la mayor fidelidad para que queden ahí como cosa pública que son.

Si miramos la vida intelectual española un momento antes de la revolución, encontramos actitudes fundamentalmente distintas entre los intelectuales y claramente dibujados algunos grupos; otros, en su misma indeterminación e indecisión, también señalados. Y al decir momento, nos referimos a un momento histórico que puede abarcar dos o tres años. Para mayor precisión y por ser fecha decisiva, fijemos la fecha de octubre de 1934.

Conviene notar ante todo algo que saltaba a la vista por muy superficialmente que se mirase el panorama intelectual español. Y es una división entre dos generaciones. Los intelectuales de más de cuarenta años aproximadamente, justificaban siempre sus actos y su conducta en virtud de lo que podíamos llamar inteligencia pura o inteligencia liberal. Es decir, la inteligencia entendida como una función libre de determinaciones sociales, económicas y aun religiosas, funcionando para conocer sin temor (aparentemente) lo que saliere de este conocimiento. Una especie de reto a la vida en nombre de una inteligencia que no admite condiciones fuera de ella: un verdadero señorío de la razón. (Si ha habido algún intelectual que haya intentado corregir esta idea de la inteligencia y aun intentar otra, no es este el lugar y momento para hablar de ello).

La otra generación, progresivamente desde sus límites con los mayores hasta llegar al máximo en los que andaban por los veinte años, se caracterizaba por querer justificar su conducta no ya de hombres, sino de escritores en función de algo que no es este afán de conocer por conocer [de] esta inteligencia liberal y señora. Por el contrario, unos en el catolicismo, otros en el comunismo, otros en el fascismo, buscaban una causa social o religiosa dentro de la cual su vida y su pensamiento encontraran su sentido. Se ha tenido a los poetas por los más despreocupados y ajenos a toda disciplina de la familia intelectual. Y sin embargo es de notar que en los poetas más jóvenes no había quizá ninguno que no estuviera enmarcado en alguno de estos grupos o en sus cercanías o luchando (casos dramáticos) entre dos de ellos, queriendo tal vez integrarlos.

Las cosas así, dichas de un modo esquemático, el octubre del treinta y cuatro crea una situación que por sí misma define y coloca a los intelectuales de ambas generaciones. Es el momento de definirse, no por voluntad, decisión personal, sino en virtud de circunstancias sociales y morales bien dramáticas, por cierto. Las definiciones individuales a las que tanto se ha instado a las gentes, suelen ser superficiales y caprichosas. Los acontecimientos sociales, en cambio, poseen la virtud de definir por sí mismos, se quiera o no.

Es decisivo el momento de octubre de 1934, porque en él se pone de manifiesto a costa —como siempre sucede en la historia— de sangre, dónde estaba el sentido verdadero y hondamente nacional. Mientras la lucha política y aun social tiene lugar entre partidos políticos, puede aún dudarse; no es posible dudar en cambio cuando el pueblo se moviliza y se pone en pie y para arrollarlo es preciso echar mano de fuerzas extra-estatales y todavía más: extra-nacionales, como ocurrió en Asturias en aquel trágico octubre en que después de once siglos hubieron de entrar los moros traídos por el gobierno para dominar al pueblo sublevado, con razón o sin ella, pero siempre pueblo español. El valor desesperado de aquellos pobres asturianos y la espantosa e inhumana represión de que fueron objeto tanto más despiadada porque duró muchos meses después de restablecido “el Orden”, removió el corazón de quienes lo tenían, tocó en la carne y en la sangre de quienes se sienten uno con

el pueblo español, unidos indisolublemente a él, padezca o no errores.

Este hecho tan ajeno a todo problema intelectual puro, de que entraron moros para sofocar la rebelión asturiana, tuvo sin embargo como todo lo real, hondas repercusiones en la situación de los intelectuales y hasta en las ideas mismas.

Ante todo la influencia de los sucesos del octubre asturiano, es que dispuso en mucho la cuestión marxismo/anti-marxismo entre los intelectuales de buena fe. Se le asignaba al marxismo una función internacionalista, desarraigada de lo nacional, y al anti-marxismo, en cambio, el sentido reivindicatorio nacional. Y es necesario decir, que por esta época o un año o dos años antes algunos grupos de la juventud, reaccionando contra una educación internacionalista más o menos expandida por todo el mundo después de la guerra europea, habían descubierto de nuevo el sentido de lo nacional; habían tenido la intuición de la nación como realidad concreta. Y el descubrimiento resultaba peligroso porque el fascismo en acecho estaba pronto a utilizarlo y apoyándose en lo que esta intuición de la realidad nacional tenía de verdadero y en el sentimiento de honda raíz humana que lo acompañaba, encadenarlo para sus fines específicos que como ahora es bien claro, no es lo nacional, sino su traición precisamente.

Pero en octubre las cosas comenzaron a aclararse. El gobierno que se llamaba conservador, esto es: amante y sustentador del orden, de la patria, del derecho, etcétera... traía moros y Legión Extranjera para matar sin freno al pueblo español. Y la Falange Española, que como todos los fascismos, decía ir “contra la izquierda y la derecha” y repudiaba a todos los viejos políticos proclamando una integración nacional nueva, sobre nuevas empresas, en aquel domingo dramático de octubre salió a la calle encabezada por su jefe José Antonio Primo de Rivera, que si no era intelectual vivía inspirado por un pequeño grupo de intelectuales, gritando: “¡Viva España, Viva Lerroux!”. A los que preguntaron al pequeño grupo de intelectuales fascistas, definidores teóricos del movimiento, el porqué de esta identificación del viejo Lerroux con lo que ellos decían querer: España; contestaron: “Lerroux con todos sus tremendos vicios políticos era en aquel momento el Estado”. Cosa que podrían haber pensado con mucho mayor motivo cuando prepararon esta sublevación de acuerdo con naciones extranjeras codiciosas de nuestra tierra, y riquezas, en contra del Estado español, representado por Don Manuel Azaña, a quien por mucho que se pretenda rebajar nunca hasta el extremo de compararle con Lerroux.

Algunos intelectuales conocidos y cuyos nombres quizá sea mejor no recordar, en tertulias y conversaciones decían apoyar igualmente al Estado por encima de todo. Estaba visto —se pensaba— que el Estado era lo que más valía para ellos.

Pero desfiguráramos los hechos si no se afirmara que el silencio fue lo que más se oyó en aquellos amargos meses del invierno del 34 al 35. Silencio en todo; hasta en literatura y obra de pensamiento. Se diría que una enorme opresión caía sobre los corazones y las inteligencias. Se pensaba hacia adentro.

Se hacía examen de conciencia. Comenzó la gran prueba para la contextura humana del intelectual; se comenzaba a despertar a tremendas realidades; algunos comenzaron a enloquecer, otros a asfixiarse al pretender vivir de cosas imposibles. Tal los católicos de buena fe.

En ellos, en los católicos de buena fe, comenzó el drama precisamente. Algunos católicos que no llegaron a romper, por amor al pueblo y a su martirio, con lo que en España se decía catolicismo, quedaron aplastados, inmovilizados, torturándose sin hallar la salida, pues dentro del catolicismo oficial y eclesiástico era imposible hallarla para una inteligencia viva y un corazón –¡qué tremenda ironía!– que sintiera la solidaridad humana.

Pero otros católicos se dejaron oír. Ciertamente que bien pocos. Alfredo Mendizábal, catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Oviedo, publicó en la revista francesa *Esprit* un artículo en que cristianamente se solidariza con el dolor de los revolucionarios asturianos pisoteados y martirizados tan inhumanamente, entendiéndolo anti-jesuitamente que el fin no justifica nunca tales medios. La revista católica *Cruz y Raya*, dirigida por José Bergamín, reprodujo con un comentario el artículo de Mendizábal y la línea social y política de esta revista, nacida en abril de 1933, “para decir sí o no, como Cristo nos enseña”, queda señalada y conocida. No está con el catolicismo oficial; tampoco con el marxismo; sí con el pueblo.

Comienza a ocupar el primer plano de la vida intelectual española, muy deprimida por cierto, esta cuestión católico-comunista. En la misma revista *Cruz y Raya* Bergamín publica posteriormente su comentario al discurso de Gide en el Congreso de París en defensa de la cultura. Arturo Serrano Plaja, joven y hasta entonces poco conocido escritor comunista, le contesta *con razones*. Bergamín, con razones, le replica. Y esta exposición de diferencias va dibujando un nuevo frente de batalla. Una nueva realidad, bajo el dilema: marxismo/anti-marxismo, surge. Una nueva realidad va apareciendo que va a permitir a católicos y comunistas combatir en la misma trinchera.

Mientras estos católicos y comunistas –en los intelectuales– trataban de entenderse, algunos otros cambios ocurrían. Otros católicos que hasta ese momento habían mantenido una actitud religiosa o espiritualista, tomaban posición “para salvar al cristianismo y a la cultura de Occidente” del lado... conservador.

Por otra parte, tales sucesos paralizaron el empuje y el crecimiento de algunos intelectuales jóvenes que comenzaban a encontrar lo nacional como tema. Una cierta repugnancia, algo oscuro impedía seguir en ese camino sin más. Y hasta hubo una cierta reacción liberal y romántica en la juventud. Alguna revista juvenil –*Atalaya*– del norte de España, defendía el liberalismo, el sentido humano ante todo. Se leía, y mucho, *La condición humana*, de Malraux; interesaba profundamente la moral. Se quería ser hombre; más que querer, se necesita serlo para soportar con serenidad y firmeza aquellos meses de angustia. Y presentimos que se va a necesitar todavía más.

5.5. Los Intelectuales en la Guerra Española

(*Crítica*, 6 de marzo de 1937)

Capítulo II

AUNQUE todos lo esperábamos, nadie creyó tan cercana la catástrofe ni tan terrible la traición. Así, el primer movimiento fue de asombro, de estupor, pero inmediatamente se produjo el acomodamiento a la nueva situación, se puso en juego esta facilidad que teníamos para acomodarnos no como intelectuales, sino como españoles. El español que tan trabajosamente acepta la vida diaria y que no se adaptó nunca a la civilización moderna capitalista, tiene el poder, bien comprobado, de acomodarse inmediatamente a las situaciones más extraordinarias, del modo más natural, como si hubiera nacido en ellas, o como si toda la vida las hubiese estado aguardando.

En los días del diecisiete al veinte de julio muchos muchachos de profesión intelectual, sintiéndose ante todo hombres, marcharon a combatir al frente de la sierra o participaron en la toma del Cuartel de la Montaña, nuevo 2 de Mayo. Muchachos ajenos a partidos políticos y aun a la política misma, en la medida en que esto era posible en España, acudieron a los locales de los Partidos Republicanos o a la Casa del Pueblo, para que se les facilitasen armas, de las escasísimas que existían por aquellos angustiosos días. Así, Rodríguez Moñino, catedrático de Literatura en Madrid y erudito investigador que hubo de ocuparse más tarde en la Junta del Tesoro Artístico Nacional, fue de los primeros en vestir el “mono azul”, uniforme espontáneo de las milicias del pueblo; Juan Chabás, escritor, y que en aquellos días efectuaba unos cursillos especiales para profesor, se incorporó inmediatamente a las milicias, en las que fue enseguida capitán.

Era admirable esta pasión decidida, este olvido de todo lo que no fuese la hombría en su sentido moral. Pero, pasados los primeros momentos, se comprendió que la lucha sería larga y que no resultaba del todo adecuado el espontáneo y heroico ejército formado sobre la marcha, sino que sería preciso organizarse para una guerra larga, constituirse en pueblo que vive en pie de lucha forzosamente, si no quiere dejar de existir... Se pensó, entonces, en una división de funciones y trabajos y en el máximo rendimiento que cada uno podía dar en esta tremenda lucha. Pasado también el primer momento, en el que solamente se sentía uno existir como ser humano simplemente, vino una recuperación del ser anterior; el intelectual recordó su oficio pensando que la guerra no debía despojarle de esa su condición, a la que debía, por el contrario, afinar y pulir como un arma más en servicio de la causa común. La soberbia tradicional del intelectual dejó paso a un auténtico deseo de ser útil, de acudir allá donde se pudiera llenar una función. Se sentía la intelectualidad como un oficio, como cualquier otro, que tenía su utilidad social. Pero la sociedad a la que pertenecíamos estaba en guerra. *La inteligencia tenía que ser también combatiente*. Y nació *El Mono Azul* publicado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas;

la inteligencia vistió ese traje sencillo de la guerra, ese uniforme espontáneo del ejército popular.

Todavía hay quien se extraña. Pero convendría recordarles que en los días del nacimiento de la razón, cuando en Grecia con maravillosa y fragante intuición se quiso representar a la diosa de la sabiduría, Palas Atenea, se la vistió con casco, lanza y escudo. La razón nació armada, combatiente. Se había olvidado esta razón militante en el mundo moderno, dentro del cual, cuando la inteligencia se mezclaba a las luchas reales se la consideraba de menor rango, y perdida ya su condición de captar la verdad, pues se estimaba que únicamente la desvinculación de los intereses reales podía llevar a ella. Se creía en una verdad ideal y la razón ebria de sí misma se pensaba invulnerable, absoluta, con lo cual sin dejar de ser contemplativa se creía legislar el mundo.

En estos días, con esta modestísima publicación de un grupo de intelectuales españoles, poetas, escritores en colaboración con pintores y dibujantes, condicionada por la escasez del papel y las ocupaciones de sus redactores que iban y venían al frente de batalla o se empleaban en otros oficios, se operó esta transformación profunda tan sencillamente y que anunciaba en la humildad de su manifestación una nueva época de la cultura, un nuevo sentido de la inteligencia, que ha vuelto a encontrarse como en sus orígenes naciendo en medio de la vida en toda su crudeza. La inteligencia ya no se encuentra protegida por el prestigio de una cultura ya ganada, por la seguridad de unas ideas consagradas que la afirman en su función, por la tradición de siglos anteriores. No, todo esto ha desaparecido; la cultura moderna todavía liberal y romántica, heredera de la larga tradición cultural greco-cristiana, ha terminado ya, en la medida en que algo que ha sido puede terminar. Ha fracasado y su fracaso es nuestro dolor porque al fin hemos crecido en ella. Pero está bien probado que ya no sirve para que el hombre viva en ella. Quiso pacificar el mundo y el mundo arde en guerra; quiso limar al hombre de sus instintos de fiereza y el hombre es más fiera que nunca. Hoy se siente el hombre que nació en esta cultura, exasperado, hambriento y más desnudo que nunca ha estado hombre alguno; abandonado a sus instintos, a su soledad.

Todo intelectual que aún lo sea, es decir, que tenga cierta conciencia del papel de la razón de la vida, se ha sentido y más que nadie, tal vez, desamparado, sin sus antiguas prerrogativas, en plena calle. Y en medio de ella en la lucha en campo abierto, entre las tinieblas del porvenir y sin el prestigio del pasado es como ha de nacer y es como está naciendo la nueva razón. No hay otra solución: o se arrastra miserablemente una inteligencia estéril, pálida imagen de sí misma, o se convierte en un servidor de esta nueva inteligencia que nace entre sangre y con sacrificio, con humildad, con toda la renunciación que haga falta [para] ayudarle a que se abra paso en el mundo. Porque el mundo que nazca no puede estar desprovisto de la inteligencia en alguna de sus formas.

Razón militante, armada de casco, lanza y escudo. Nuestro modestísimo *Mono Azul* de Madrid nacido entre metralla, bombas y fusiles revive este momento de la aurora de la razón en Grecia. En vez de las armas guerreras de la diosa Palas, la humilde tela azul del traje

de trabajo que es a la vez uniforme de guerra. Trabajo y combate significados en nuestro “mono” obrero que llenaba los ojos en el Madrid luminoso y espléndido en su tragedia, en el Madrid inolvidable, todavía intacto del verano de 1936.

Esta es la significación sin duda de *El Mono Azul*, pequeña hoja de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, comenzada a publicar en Madrid en agosto de 1936, interrumpida en diciembre por la escasez de papel. Pero no vamos a cegarnos en nuestra pasión para creer que una publicación hecha en estas dramáticas y apresuradas circunstancias corresponda exactamente a su función. Era imposible por otra parte. La inteligencia, como hemos intentado señalar, adquiere una significación nueva; es natural, por tanto, que al principio de su nuevo camino tenga que ensayar, y aun equivoque sus pasos.

Lo más destacado de *El Mono Azul*, lo más popularizado, es el romancero de la Guerra que ocupa sus páginas centrales, en sus últimos números reservados conmovedoramente a gráficos de guerra, defensa en las trincheras y contra los aviones, manejo del fusil... Se discute entre intelectuales y dentro de España mismo, el sentido que pueda tener resucitar esta vieja forma literaria del romance para contar y cantar hechos de hoy. No vamos a entrar aquí en esta polémica. Pero hay algo positivo y es este paso dado por la poesía en sus poetas mejores y de más brillo para acercarse al pueblo directamente, para fijar poéticamente las hazañas heroicas y que el pueblo se recuerde y se reconozca a sí mismo en la poesía. No sé si acertado o no desde un punto de vista más total y lejano, pero sí sé que me conmueven profundamente romances como “Defensa de Madrid” de Alberti, como “Viento del pueblo” de Miguel Hernández y otros muchos de magníficos poetas que tendrán el día de mañana un valor documental riquísimo y que ya hoy muchos milicianos repiten en la agonía de las trincheras.

Llevadas de este propósito de distraer, alegrar y levantar el ánimo a los combatientes en las largas horas sin combate, comenzaron a funcionar algunas nuevas instituciones o a adaptarse otras ya existentes. Así Alta Voz del Frente y Cultura Popular que se encargaron de recoger libros para llevarlos a los hospitales de convalecientes, folletos sencillos y revistas para los que están en las trincheras mismas y libros de más reposada lectura para Bibliotecas Populares. Trabajan en esta institución ya creada desde hacía algún tiempo y que venía sosteniendo bastantes bibliotecas populares, algunos escritores jóvenes como José María Quiroga, escritor y profesor y yerno de Unamuno a quien la actitud de éste afectó terriblemente por considerarse más que familiar, discípulo; miembros de las Juventudes Unificadas trabajaban activísimamente organizando camiones que visitaban los frentes de batalla donde llevaban música, canciones populares, películas... ¡ánimo!

5.6. La Hora de España

(*Crítica*, 21 de marzo de 1937)

EN esta pasión por que está pasando la inteligencia en España, se encuentra en sus pasos con los otros pasos

del pueblo; encrucijada en que comienzan a encontrarse todos los caminos divergentes o alejados. Hora de reencuentros y comprobaciones. Hora de amanecer, trágica y de aurora como todos los amaneceres en que las sombras de la noche comienzan a mostrar su sentido y las figuras inciertas comienzan a desvelarse ante la luz. Las figuras enigmáticas, los rostros a medio aparecer, las formas cambiantes, empiezan a mostrar su contorno con alguna claridad. Es la hora de España. La hora en que todo lo que forma parte de ella, de su pasado o de lo que será su presente, acude al mandato de la actividad, se congrega ante la voz profunda que desde las entrañas de la historia ordena combatir.

El orden, el sistema propio de la vida española se va formando con ritmo acelerado, y en unos meses nada más, se recorren ciclos enteros. Es la revolución que se desenvuelve en un tiempo de más dimensiones que el normal. En esas horas hondas, anchas, placenta de la época que está al surgir, en esos espacios en que el tiempo se recoge, como un seno inmenso, del que entre sangre y angustia, nacen los nuevos pensamientos. Pensamientos nunca pensados pero presentidos y de tan evidente necesidad que, al ser expresados, quedan exactamente ajustados al hueco de esperanzas y necesidades que los aguardaban. Vida y pensamiento marchan entrelazados, reclamándose mutuamente en una unión presidida por la necesidad, diosa de la revolución.

Nadie se atreva a pensar que el más leve capricho existe dentro de la obra de los intelectuales españoles que cumplen el mandato de esta hora de España. Todo, hasta los errores, se realiza bajo el imperio de la necesidad. La inteligencia recupera su perdido rango precisamente en este encajarse profundo y exacto con los afanes de cada día. Hubo un momento, al desencadenarse la catástrofe, en que el intelectual cesó de serlo; hubo una pausa en la vida intelectual como la hubo en las otras zonas de la vida, inclusive en la del Estado. Durante unas horas de la mañana del día diez y ocho de julio, no hubo gobierno en España, colapso de algo tan importante que no llegó a ser mortal, por ventura; crisis obligada en toda enfermedad grave que pasa rozando las astas de la muerte.

Este mismo colapso y de mayor longitud (como es natural) se produjo entre los intelectuales, que dejaron de serlo, para ser hombres. No todos, ciertamente, sufrieron esta crisis, sino únicamente aquellos que por su capacidad moral, por su contextura humana, estaban llamados a resucitar en su condición más tarde. Y sólo éstos, que fueron capaces de morir, serán resucitados para las tareas difíciles de hoy y mañana; sólo ellos tienen auténticamente porvenir. Aquellos que en el trance terrible pretendieron sustraerse a su conmoción, alegando su categoría supraastral de pensadores o artistas, como si la condición humana pudiera eludirse, quedarán desvinculados de las tareas esenciales del futuro, vagando en esos espacios siderales del arte lejos de los hombres, de sus dolores y de sus glorias. Los que no fueron capaces de hundirse en las zonas fecundas de la hombría, allí donde la vida y la muerte se enfrentan sin disfraz, en esa honda soledad de la angustia y la esperanza, quedarán condenados por la justicia invulnerable de la vida, a va-

gar melancólicamente, administrando su obra anterior o representándola —representándose a sí mismos— al que en otro tiempo fueron.

Porque fue necesario aquel baño en las aguas profundas del propio ser, en ese manantial misterioso que unge de fuerza y valor. Sólo habiéndose nutrido de esas reservas vitales, puede afrontarse la tragedia real y apurarla hasta el fin sin temblores ni desganas, poniendo a la inteligencia a la altura del dolor y aun por encima de la angustia. Los que no supieron encontrar en sí mismos estas reservas de humanidad y se metieron en la cueva de la impotencia disfrazada de arte o razón, más o menos puros, han quedado por debajo de los tiempos, incapaces de toda acción creadora. De entre ellos, los incapaces de correr el riesgo de ser hombres, han salido los “neutrales” y los renegados que aprovecharon haber pasado las fronteras españolas para lanzar su resentimiento. Resentimiento, que aunque ellos pretendan justificar en las injusticias sufridas, tiene su origen en sí mismos. Porque saben o presienten que su hora, al no ser la hora de España, no dejará caer su latido en el tiempo imperecedero, porque saben que su hora, los que la tuvieron, ha pasado ya, y los que no la alcanzaron no la tendrán nunca.

Los “neutrales” hablan de valor, por estar en el equilibrio imposible entre dos contrarios que no existen, que no pueden ser considerados en el mismo plano, porque no hay término medio entre la muerte y la realidad preñada de futuro, ya actual de la España que renace. Ignoran que no es posible este equilibrio que, además, lejos de suponer valor lo esquiva, esquiva la realidad de la vida, queriendo forjarse espacios propios, mundos privados donde la lucha y el riesgo no existan. Pueden también dar su obra por acabada, si la tienen. Los que no la habían logrado aún, arrastrarán una juventud estéril por el mundo, horrible juventud caduca sin el cansancio fecundo de la vejez bien lograda.

*

Hemos intentado dar una visión esquemática del drama de la inteligencia dentro del drama de España. Después del colapso salvador, comienzan los primeros pasos en este camino que lleva al mañana. No es todavía el momento de sacar la cuenta de sus aciertos y errores. Pero lo esencial es el camino que se ha operado en la función de la inteligencia; su purificación al olvidarse de sí misma, al retornar del ensimismamiento endiosado, situándose en plena vida.

Al sentir la inteligencia y el arte el afán de servir, lo natural es que haya querido hacerlo directa, y dadas las circunstancias, apresuradamente. Es el trabajo de Cultura y Trabajo Social en los cuarteles; es el teatro y el guiñol en los hospitales, es el cartel de propaganda, la charla por radio, la música para canciones e himnos revolucionarios. Es el trabajo de instructor en las filas de la retaguardia... ¿Qué quedará de permanente de todas estas actividades? Seguramente que muchas de ellas, cumplida su misión de hacer sentir al pueblo combatiente la hermandad del intelectual, no permanecerán en su forma actual. Tendrán que ir poco a poco surgiendo las

formas en que el arte ha de coordinarse con el Estado, sin perder su integridad y libertad. Pero lo que quedará como indiscutible, es la inseparabilidad del arte y la inteligencia del pueblo y del Estado.

De la conciencia de todo esto y de más aspectos que la cuestión tiene, y que aquí no podemos enumerar, ha nacido la Revista *Hora de España*, editada en Valencia. Forman su Consejo de Colaboración los poetas León Felipe, Antonio Machado y Rafael Alberti; los profesores Navarro Tomás, José Montesinos, José Gaos y Dámaso Alonso; los escultores Ángel Ferrant y Alberto; el escritor y director de *Cruz y Raya* José Bergamín; el arquitecto Luis Lacasa y el crítico y compositor musical Rodolfo Halffter. La redacción está integrada por los escritores Manuel Altolaguirre, Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Juan Gil Albert y Ramón Gaya. Cuidadosamente editada, con viñetas maravillosas, de esmerada tipografía, *Hora de España* emociona y enardece; es un motivo más de fe. Conmueve porque nunca en medio de tanta angustia, de tanta sangre y muerte, se ha escrito y publicado nada semejante; porque la inteligencia española sin pausa y sin fatiga prosigue su obra de siempre, pero ya en las más avanzadas trincheras. Porque nunca –y es menester ¡oh puros intelectuales! que os enteréis– hubo más libertad en medio de tanta urgencia. Si no es por la hondura de los temas, por la sangre acelerada que deja oír su rumor bajo la tersura de las palabras, nadie diría que este grupo de intelectuales escribe en un país que sostiene tan terrible lucha, en un país asaetado por todas las flechas del fascismo internacional.

Conmueve el propósito tan sobriamente manifestado al frente del primer número... “Es cierto que esta hora se viene reflejando en los diarios, [proclamas], carteles y hojas volanderas que día por día flotan en la ciudades. Pero todas estas publicaciones son, en cierto modo, artículos de primera necesidad, platos fuertes, se expresan en tonos agudos y gestos crispados. Y es forzoso que tras ellas vengan otras publicaciones [de otro tono y otro gesto, publicaciones] que desbordando el área nacional, puedan ser entendidas por los camaradas o simpatizantes esparcidos por el mundo, gentes que no entienden por gritos como los familiares de casa, hispanófilos, en fin, que recibirán inmensa alegría al ver que España prosigue su vida intelectual de creación artística en medio del conflicto gigantesco en que se debate. // Nuestros escritos han de estar, pues, en la línea de los acontecimientos, al filo de las circunstancias, teñidos por el color de la hora, traspasados por el sentimiento general”.

No es posible con más sobriedad dar cuenta del heroico propósito. Que la inteligencia viva su hora en la hora de España, su lucha en la lucha de todos; ejercitar la razón en los momentos en que la angustia, el temor y la muerte se disputan los segundos. ¡Extraordinaria condición ésta del español! Las circunstancias que enloquecen a cualquiera otro pueblo vuelven a su cordura y serenidad al hombre hispánico, que en ellas se recobra y posee a sí mismo, con naturalidad casi divina. ¡Extraña condición que nos pone a meditar en el instante mismo que nos abrasan las llamas! Con serenidad que se nos negó en momentos de apariencia pacífica, hoy se reflexiona sobre los temas más graves y delicados.

Así, Rosa Chacel con severa mirada escruta las ligazones profundas de la cultura con el pueblo; ella misma con serena clarividencia nos recuerda un nombre silenciado y olvidado, substancia pura de lo español: Benito Pérez Galdós. Bergamín, en cristiano polemiza con los católicos engañados; Sánchez Barbudo testimonia sus presentimientos, fundiendo la angustia con la certidumbre, encontrando la fe que se necesita para creer lo que se está viendo. Ramón Gaya, pintor y escritor, plantea el tema del cartel y la pintura reclamando la máxima exigencia estética. Reanaud, el actual director general de Bellas Artes, entra igualmente en un tema tan candente. Rafael Dieste nos trae la soledad sin descanso de Cervantes y su pregunta no contestada aun. Teatro, romances, poemas, arte puro, más puro y purificado que nunca por el soplo de la vida.

Motivo de fe y comprobación de esperanzas. Para aquellos que sinceramente han considerado con temor la situación del artista y de su libertad en una sociedad renovada por el pueblo, la lectura de estas breves páginas que forman los dos números de *Hora de España*, les nutrirá de esperanzas, de fe en la libertad y en el papel de la inteligencia. Les dará la comprobación de que el pueblo cuando se alza, reverencia a la inteligencia que ha sabido cumplir su destino, y respeta su ámbito: el ámbito de la libertad.

5.7. Carta al Dr. Marañón

(*Crítica*, 20 de marzo de 1937)

ME dirijo a usted, señor Marañón, no sé bien por qué, lo cual indica que son varios los motivos: un último afán de comunicación con quien definitivamente se va a donde ya no podremos jamás hablarle, una fijación de posiciones entre los que quedamos de este lado, en las trincheras del pueblo, [y] ustedes, de quienes hemos esperado tanto y por diversos sucesos, entre ellos la muerte, el silencio o la deserción neutral, quedan para siempre separados de las que van a ser nuestras tareas.

Dos direcciones opuestas separan a los intelectuales españoles. Y cuando alguien de quien esperamos otra cosa, toma la que no es ni puede ser nunca la nuestra, venza quien venza, querríamos en ese instante inmediato anterior a la marcha aun unas palabras. Aunque usted ya se ha marchado, sintiendo esto y más pensando también en los otros, en los que definitivamente se marcharon como Unamuno donde no podremos oírle más, en los que viven en el silencio que es una forma de morir temporal, en los que hablan para alejarse, querría hablarle. Y más pensando en lo que hacía ya tiempo no podíamos hablar en España.

*

Desde hacía años la conciencia humana estaba en crisis en España, algo terrible pasaba en esa zona tan profunda de la vida humana que es lo social.

Momento extraordinario para alguien que de verdad fuera capaz de hacer sociología, aunque sería preferible

pasarse sin ella si el precio es tan alto. Pero lo cierto es que el sentido del prójimo se había oscurecido o pervertido y que todo lo que hiciera referencia al otro estaba mal, profundamente mal.

No había prójimo, ni semejante; encerrados en nuestro yo los españoles y sobre todo los intelectuales, nos asfixiábamos. Todavía no se puede hablar porque parecería irreverencia mientras el pueblo se desangra, hablar de nuestros problemas. Pero no es en realidad nada irreverente puesto que la asfixia del intelectual tiene la misma raíz que otras asfixias que sufría el pueblo y es la misma lucha la que hoy existe para todos. Por eso justamente el intelectual va a poder ocupar de nuevo su trinchera y la empieza a ocupar ya porque una lucha única, necesita que cada cual con su condición específica entre en ella.

De nuevo van a hacer falta intelectuales; cosa que usted recordará que no sucedía. El intelectual estaba de más en nuestra vida y cada vez se le iba escabullendo más y más su quehacer propio, puesto que encerrarse en un capullo de problemas salidos de unos y otros y ninguno de los cuales trascendía a los demás hombres, no es por ser intelectual, como tampoco divagar caprichosamente de uno a otro tema llevado por la sensibilidad.

Van a ser necesarios los intelectuales, va a ser necesaria la inteligencia en toda su fuerza y vamos a poder hablar.

A pesar de la lucha sangrienta, hoy ya se puede mucho más de lo que se podía hace un año, hace dos... Por eso es necesario que nos decidamos.

*

Esta imposibilidad de comunicación que tenía lugar entre los españoles ya dice por sí sola que algo muy tremendo sucedía. Cada día que pasaba había que renunciar al trato de alguien; los más tremendos equívocos circulaban en los asuntos más sencillos; todas las actividades se tergiversaban y malentendían. Intuiciones transparentes, si querían engendrar una acción, daban lugar a algo monstruoso. Había quien recordaba el estoicismo como manera de resistir, de soportar tal estado de cosas. Y a fuerza de estoicismo algunos la hemos soportado hasta que la catástrofe nos ha alumbrado una nueva fe, que hay que defender también de toda tergiversación y perversión. La sangre derramada, el dolor alerta de todo un pueblo lo impedirá. Pero la inteligencia tendrá que cuidarla y repararla de todo lo que sin ser ella misma se le parezca o quiera confundirse con ella.

*

Todos estos fenómenos solamente aludidos y otros más, ¿no le parece, doctor Marañón, que son algo mucho más profundos que la política, y que tenían por fin [que] desembocar en lo que está sucediendo? Una enfermedad terrible anidaba en España, y ha producido la catástrofe actual. Catástrofe sin precedentes porque sin precedentes es el hecho de que un grupo de ciudadanos de un país se ponga en connivencia con otros países,

con la codicia y la ambición de otros países, para que invadan el propio con tal de tomar el poder.

Este es el hecho, sin duda alguna, sin precedentes en la historia. ¿Qué ha pasado en tal país donde eso sucede? Hasta ahora las revoluciones parecían ser los hechos más profundos en cuanto a la escisión y a la violencia en la vida social. Pero, ¿qué es la revolución francesa, qué la rusa, en comparación con lo sucedido en España a este respecto? Y sin embargo, la diferencia salta a la vista: tanto los burgueses franceses que derrocaron a Luis XVI, como el partido bolchevique ruso contaron con sus propias fuerzas, pensaron o sintieron que la historia estaba a su lado y que cumplían su mandato al hacer lo que hacían. No se les ocurrió ponerse antes de acuerdo con gentes de otros países. A pesar de los postulados internacionalistas del comunismo se diría que el supuesto nacional no fue roto por los revolucionarios bolcheviques de 1917 que aun hablando de internacionalismo en sus consignas no llegaron a atacar los supuestos de la nación, que dejaron intactos, limitándose a extirpar de ella una determinada clase social, pero nada más.

Porque este es el hecho y hay de él tales pruebas y de tantas clases.

Está el hecho mismo de que veamos a España invadida de ejércitos italianos y alemanes. El pueblo lo supo cuando, sin armas, se lanzó a tomar el Cuartel de la Montaña. Aquel día despertó la furia celtibera, la misma de Numancia y del 2 de Mayo. Los comunistas gritaban por su periódico *Mundo Obrero*: ¡Viva España!, y así era. El pueblo luchaba de nuevo por su independencia, mientras los señoritos, como en la invasión napoleónica, ayudaban al invasor. ¡La lógica de las ideas, como usted dice, es más terrible que la lógica de los hombres! Es absolutamente verdad sobre todo si en vez de lógica de ideas decimos lógica de la historia.

Pero aún existen pruebas más poderosas que los hechos, sobre todo para un historiador, que es la preparación de ellos: el ambiente moral y social que los precede. Y hay acontecimientos morales y sociales que evidencian más que un plan de Estado Mayor, que un radiograma interceptado.

Recuerdo entre tantos acontecimientos sintomáticos de la catástrofe, uno que me impresionó hondamente. En un Instituto de Segunda Enseñanza de Madrid, donde prestaba mis servicios en el curso de 1935-36, tropecé un día a la salida de clase con un antiguo compañero de universidad que tenía recién ganada una cátedra de Literatura en la Universidad de Murcia. Explicaba aquella tarde una conferencia sobre Lope de Vega a la Asociación de Antiguos Alumnos. Me quedé a escucharla y sufrí una de las más amargas impresiones de mi vida. Puedo decir que en aquella conferencia estaba la muestra del veneno mortal, de la perversión que ha hecho posible la catástrofe española. Ocurrió lo siguiente: al finalizar la conferencia y después de haber recalcado a lo largo de ella el carácter nacional (¡naturalmente!) de Lope de Vega, arremetió sin venir a qué, contra los escritores de la generación del 98, diciéndole a los muchachos que como a profesor le escuchaban, que tenían que odiar y barrer por antinacionales y antipatriotas a todos los intelectuales de esa generación y a otros que seguían.

Su palabra y su voz expandían el odio en aquella sala repleta de adolescentes que no habían leído a casi nadie de ellos —de ustedes— y que iban a llenarse de asco sin conocerlos.

*

Me indigné y a duras penas pude callarme en público. Me dirigí más tarde a él y le dije: ¿Cómo has podido hacer eso? ¿No comprendes que en muchos lugares del mundo hoy todavía se conoce a España por alguno de esos intelectuales? La contestación fue aún peor que lo dicho en la conferencia. Vi tal odio en su voz que me retiré llena de amargura pensando en que este odio, esta injusticia sería vertida por decenas de años sobre el alma de los alumnos universitarios de este joven profesor del Estado que lo era también del Centro de Estudios Universitarios de *El Debate*. En nombre de lo nacional se enseñaba a la juventud a odiar a los hombres, los pocos hombres por los que España en su aislamiento moderno, había trascendido al mundo. Tan terrible este hecho como otro que me separó de un amigo “nacionalista” simpatizante de Acción Española que enconadamente me negó un día la existencia del arte popular español y la posibilidad de acción española en el porvenir, afirmando textualmente “que sólo de Alemania nos podía venir la salvación”. Me cantó las *excelencias del nazismo diciendo que ellos tendrían que venir a enseñarnos el camino*, condiciendo en esto con un joven escritor que invitado por una compañía alemana, permaneció en Berlín unos días visitando las maravillas del nazismo, diciendo al despedirse de un jefe nazi, “Tienen ustedes que venir a España a enseñarnos esto”. Para mí estos hechos y otros análogos me dicen de lo que está ocurriendo en España, más todavía que los soldados de Hitler o Mussolini, pues explican por qué están sobre mi patria y quién los ha traído a ella.

En realidad estos “nacionalistas” se avergonzaban íntimamente de ser españoles porque en España no había esa exhibición lujosa de fuerza y violencia que era el fascismo. Antes que españoles eran... fascistas y su pertenencia a España estaba condicionada. Y eso es lo que nos separa, doctor Marañón: nosotros antes y sobre nada pertenecemos al pueblo español, y estamos unidos a su suerte y a su porvenir incondicionalmente porque tenemos fe y confianza en él, porque le amamos y este amor nos da esperanza en sus decisiones.

No niego, antes afirmo que después del internacionalismo de la postguerra, y de la desesperación española de más de dos siglos, la juventud última de España tuvo la intuición de lo nacional, y el sentimiento ardiente que la acompaña. En esta intuición de la juventud se ha apoyado criminalmente el fascismo para hacer todo lo contrario.

Y digo criminal con plena conciencia. Porque si los militares que se sublevaron contra el Estado español lo hubieran hecho ingenua aunque equivocadamente, hubiesen creído que el pueblo les acompañaba, como era lo lógico. Si para ellos el triunfo del Frente Popular español fue producto de la ilegalidad o de una ilusión del pueblo, ¿por qué no creyeron contar con él? Uds. saben

muy bien que los que trabajaron por traer la República a España siempre creyeron contar con el pueblo y en vista de ello no se pusieron de acuerdo con ningún ejército extranjero.

Es lo que diferencia una acción equivocada de un crimen. A la acción equivocada la acompaña siempre la conciencia de su licitud y se comete por un error intelectual o por fatalidades históricas más difíciles de analizar. El crimen, por el contrario, va acompañado de una conciencia de su licitud que hace tomar precauciones. Y todas las precauciones tomadas por los agresores a España denotan que la conciencia turbia del crimen les acompañaba. Sólo pediría para ellos que por un momento esta conciencia turbia se hiciese conciencia clara de lo que han hecho. No les pediría más.

*

Hasta aquí el hecho de su tremenda desnudez. Usted dirá que hay más hechos y aducirá las inevitables equivocaciones de los momentos de desesperación y que en los pueblos heroicos ha sido laureado. Lamentará usted quizá la violencia, la crueldad inevitable de estos instantes. Pero es muy triste que sólo lamente usted las que el pueblo ha podido cometer y que no son comparables a las que ellos cometen. Lamenta usted las molestias de los asilados en las embajadas extranjeras y no ha alzado la voz para protestar ante lo que en el mundo quede de conciencia, por los criminales bombardeos de Madrid en el que usted ha hecho su vida, ese pueblo con el que usted ha convivido tantos años y que ahora es bombardeado desde el aire. Esos niños carbonizados, esas mujeres muertas mientras hacían cola en barrios pobres esperando la ración de arroz o de lentejas. ¿No le conmueve a usted, doctor Marañón? ¿No le hacen gritar al mundo sus protestas? ¿Tan extraño se considera usted de ese Madrid maravilloso en el que ha vivido, que no le duele su destrucción, la destrucción ante todo de sus gentes? No es justo ni humano que le dejen indiferente sus sufrimientos infinitos mientras le preocupan los de quienes al fin cómodamente vivían protegidos por banderas extranjeras. Y no le digo a usted sucedidos en esas embajadas porque creo que usted ya los sabrá y porque no sé si [se] debe en este momento hablar de eso. Indague usted si no los conoce, que muy fácilmente podrá enterarse de cosas que claman al cielo y al... derecho internacional.

Comprendo hasta cierto punto su drama, el drama de quien busca la verdad y cree que la va a encontrar “a la vuelta de la esquina”, el drama de la sensibilidad que no tolera el dolor y no sabe que la justicia está a veces unida a inevitables dolores. Lo comprendería, lo he comprendido mientras a Ud. no se le ha ocurrido levantar su voz lamentando unos dolores y silenciando otros infinitamente mayores; protestando de unas injusticias y callando otras incomparablemente más inhumanas. Ahora ya no puedo comprenderlo. Nadie duda, doctor Marañón, que vivimos un instante de la historia, en que lo irracional parece haber absorbido a lo racional. Sobre todo si seguimos entendiendo por razón lo que se ha definido va para veinticuatro siglos. Razón, justicia, libertad... todo parece estar oscurecido. Si creyéramos

que definitivamente, valdría la pena y aun sería obligado abrir esa puerta que los mortales tenemos siempre abierta para escapar cuando la vida se nos hace intolerable. Intolerable sería la creencia en que la razón y la libertad humana no eran ya posibles; el mundo y todos sus acontecimientos nos serían tan absolutamente extraños que nos sería imposible el seguirlo habitando y habría que dejárselo a quienes pueden vivir en plena irracionalidad y esclavitud. Pero no es así. Y esa quiebra política del régimen liberal a que Ud. alude no es ni mucho menos, la quiebra de la libertad humana, que habrá que conquistar por otros caminos. Buscaremos la libertad y la razón con más esfuerzos que nunca y las buscaremos allí donde el poder de Creación se alberga en las entrañas de la historia, que no pueden estar más que en el pueblo.

*

Porque si hurgamos en las injusticias que pueda cometer el pueblo o alguno de sus componentes no representativos, hallamos enseguida, señor Marañón, que el pueblo puede equivocarse parcialmente, anecdóticamente, pero no se equivoca jamás en lo esencial y todavía más: analice Ud. un acto equivocado del pueblo, y no podrá menos que encontrar en el *fondo un afán de justicia*. La conciencia de cumplir una justicia acompaña a los actos justos y también a los menos justos del pueblo, lo cual prueba que su fondo permanente es un afán de justicia. El pueblo padece de hambre y sed de justicia porque era mucho lo que en España se le debía, lo que le debíamos, pues los intelectuales le debíamos mucho también. Pero en el fondo de la irracionalidad de los momentos actuales está clara y resplandeciente la razón humana, la nueva razón que se prepara a nacer y el hondo afán de justicia que engendrará una sociedad,

una fraternidad humana en que el trabajo no sea una humillación o podamos mirarnos cara a cara.

Se asesina hoy al pueblo español porque se intuye su magnífica potencia para renovar al mundo. Y toda la fuerza de resistencia de lo que está llamado a morir, venza quien venza, pues todo es cuestión de que sea más tarde o más temprano, todo eso que no [se] resigna a morir quiere matar y mata. Y ellos saben su muerte, por eso no pelean por el porvenir, sino por un presente inmediato que es un saldo del pasado. Saben que sus privilegios están perdidos, pero quieren aferrarse a ellos y se agarran a los valores históricos, vivos del pasado, diciendo representarlos. Pero el pasado sólo puede conservarse en el porvenir, en un mañana creado. El Imperio Romano y la cultura greco-romana se defendieron también apelando a medios sangrientos, del cristianismo que llegaba y de lo que tenía de nuevo: el amor caritativo, sin poder aplastarlo. Triunfó el cristianismo renovador, pero el Imperio Romano reencarnó en su estructura en la Iglesia Católica y la filosofía y la cultura griega han seguido durante siglos germinando.

No hay que temer que el mundo se renueve cuando se tiene fe en la razón y en la condición humana. Y si uno se siente solidario con algún valor del pasado, hay que jugárselo al porvenir que seguirá su mejor e inevitable prueba.

Por eso, ante este crimen contra el porvenir del mundo y por el dolor infinito de mi pueblo, he llegado a sentir algo nuevo en mi vida: el odio. Odio que no esconde la cara y busca rincones oscuros donde agazaparse, que busca rostros humanos, ojos que miren de frente, cabezas verticales, lo que haya de luminoso en el mundo, la inteligencia, Dios mismo, para gritar mi protesta irreconciliable: mi odio, mi fe.